

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXXI

San José, Costa Rica **1936** Jueves 23 de Enero

Núm. 9

Año XVII — No. 745

SUMARIO

Montaigne entre sus libros.....
Monólogo al Maestro.....
El manglero.....
Caporales hispanoamericanos al servicio del yanqui imperialista.....
Explicación.....
La justicia del buen alcalde García.....

Ricardo Sáenz Hayes
Ernest Hemingway
Carlos M. Salazar Herrera

Juan del Camino.
Pío Baroja
Pío Baroja

Alberdi precursor (4).....

De los muchachos vanguardistas de Nicaragua (y 2).....

Noticia de libros.....

Gabriela Mistral: rasgos de su permanencia en España.....

Salvador de Madariaga
Pablo Antonio Cuadra,
Luis Alberto Cabrales
y José Coronel Urtecho

Carmen Conde

Montaigne entre sus libros

Por RICARDO SAENZ HAYES

— De La Prensa.—Buenos Aires, Rep. Arg. Diciembre 15 de 1935 —

1
En ningún ámbito disfruta con mayor agrado del presente como en la torre amada y sabia. Los libros aguardan la mirada de los ojos curiosos y el roce de los dedos al posarse sobre la página henchida de ajena meditación. Todos depáranle alguna reminiscencia digna de provechoso comentario. Las "Metamorfosis" de Ovidio, tráenle el eco lejano de las horas trascurridas en el colegio de Guiena, "en muy floreciente estado por aquella época, y el mejor de cuantos" había en toda Francia". Los amores de Apolo y Dafne o el rapto de Europa fascinan la imaginación del infante que aprende a desdeñar los "Lancelot del Lago", los "Amadis", los "Huons de Burdeos" y demás fárrago de libros" cuyo mero recuerdo hacía escribir a Pero López de Ayala:

Plógome otrosí oír muchas veces libros de devaneos e mentiras probadas:
Amadis, Lanzarote e burlas asacadas,
en que perdí mi tiempo e muy malas jornadas. (1).

¡Loado sea el preceptor avisado que fomentó en Montaigne, si bien por entonces clandestinamente, el amor de los libros, y en particular de los poetas! ¿Por qué sepulta en el olvido el nombre del agudo maestro y no lo destaca según lo hace con Nicolás Grouchy, Guillermo Guarente, Jorge Buchanan, "gran poeta escocés", y Marco Antonio Muret, "a quien Italia y Francia reconocen como el primer orador de su tiempo"? ¿O está entre los cuatro que menciona? Negligencia imperdonable, pues gracias a él pudo devorar "de una sentada, primero Virgilio, luego Terencio; después Plauto y el teatro italiano" (2), entre los seis y los trece

(1) Pero López de Ayala: "Rimado de Palacio". Copla 162.
(2) "Ensayos".



Montaigne

Madera de Max Jiménez

años de su vida de colegial. En párrafo indeleble tribútale homenaje emocionado al preceptor anónimo: "Si mi maestro hubiera cometido la imprudencia de detener bruscamente el furor de mis lecturas, no hubiera sacado otro fruto del colegio que el odio de los libros, como acontece a casi toda nuestra nobleza". De ese ardimiento indisciplinado brotaría el amor de la poesía que es consustancial en Montaigne. "En materia de autores me inclino a los de historia y poesía, pues como Cleantes opinaba, así como la voz

encerrada en el estrecho tubo de una trompeta surge más agria y más fuerte, así entiendo yo que la sentencia comprimida por la poesía brota más bruscamente y me hiere con más viva sacudida". La prosa, su prosa, con ser ágil, coloreada, densa y suave a la vez, severa y retozona, según los dictados del humor tornadizo, no le colma en la medida del verso, fruto de "la sagrada inspiración de las musas". Con ello eleva la poesía a majestad divina. No será poeta destinado a perdurar el que no venga ungido con ese don ce-

leste. Montaigne, crítico de rara envergadura, exalta la capacidad de gustar de la poesía mucho más que el acto creador considerado en sí mismo: "Contamos con mayor número de poetas que de jueces e intérpretes de la poesía; es más fácil producirla que conocerla" (3). Pero en Montaigne es más fácil conocerla que producirla, según lo confiesa cuando alude a sus yerros primerizos en el arte de tañer liras: "gústola infinitamente, y la juzgo por modo aceptable en las obras ajenas; mas cuando yo intento crearla, soy incapaz de sufrirme". No tiene complacencias para la mediocridad. "Puede hacerse el tonto en todas las demás cosas, pero no cuando de poesía se trata". Y a renglón seguido estampa el anatema que Horacio deja oír en su "Arte poética": "Ni los dioses, ni los hombres, ni las columnas de los pórticos consienten que un poeta sea mediano" (4). ¿Escapan a la severidad del crítico los escritores adocenados? No. Si desea que a los poetas hueros se les prohíba la entrada en las imprentas, para los escritores de palurdo linaje reclama sanciones legales. "Debiera haber en las leyes algún poder coercitivo contra los escritores inútiles e ineptos, como lo hay contra los vagabundos y los holgazanes. Arrancaríase así de las manos de nuestro pueblo, a mí y a cien otros". ¿Chancea por esta vez? Montaigne no se anda con burlas cuando del honesto platicar o del sabio escribir se ocupa: "Y es bien serio lo que digo; la manía de escribir parece ser como síntoma de un siglo desbordado. ¿Cuándo escribimos tanto co-

(3) "Ensayos". Lib. I, capítulo XXXVII.

(4) "Ensayos". Lib. II, capítulo XVII. Después del verso de Horacio, Montaigne agrega: "Pluguiera a Dios que esta sentencia se encontrara al frente de las oficinas de nuestros impresores para impedir la entrada en ellas a tantos versificadores hueros!"

mo desde que yacemos en perpetuo trastorno? (5). En asiduo lector de la "Epístola a los Pisones" harto se colige que Montaigne tenga su arte poética. Redúcese ella a unos pocos preceptos que aconseja y practica. Es rebelde contra la opresora tiranía de la forma en desmedro del pensamiento y de la calidad emotiva del creador de belleza. Las reglas son buenas cuando no amañan o deprimen la expresión verbal. Precursor del verso libre, busca el batir de alas sin embarazo académico: "Yo no soy de los que creen que la buena medida de los versos sea sólo lo esencial para el buen poema; dejad al poeta alargar una sílaba corta, no nos quejemos por ello; si la invención es agradable y si el espíritu de la obra y las ideas son como deben ser, tenemos un buen poeta, diré yo, pero un mal versificador". Rinde homenaje a Ronsard y a Du Bellay "porque han acreditado nuestra poesía francesa"; mira con ojeriza a los imitadores subalternos, "copleros que inflan las palabras y ordenan las cadencias... sin aproximarse a las hermosas descripciones del uno y a las delicadas invenciones del otro". Tampoco gusta de la afectación ni de los giros oscuros. "El hablar de que yo gusto es un hablar sencillo e ingenuo, lo mismo cuando escribo que cuando hablo; un hablar sustancioso y nervioso, corto y conciso, no tanto pulido y delicado como brusco y vehemente". Las "cultedades" gongorinas habrían deshecho los nervios de Montaigne, no tanto por lo dificultosas como por lo pesadas. ¿Y qué decir de las reglas y ornamentos y modelos y complicaciones con que Gracián se explaya en su "Agudeza y arte de ingenio"? El estilo que Montaigne preconiza ha de ser "sin regla", desligado y arrojado; de suerte que cada fragmento represente alguna idea de por sí; un hablar que no sea pedantesco, ni frívolamente jurídico, sino más bien soldadesco, como llama Suetonio al estilo de Julio César" (6).

La poesía opera sedantes efectos si por acaso el espíritu de Montaigne cede al peso de las contrariedades porque nada aleja tanto de lo pequeño ni eleva más hasta las esferas de la suprema dignidad como el lirismo enjundioso. Veamos cómo da fe: "La poesía me conmovió y me trasportó siempre, desde la primera infancia; mas tan vivo gusto y sentimiento... ha sido producido y excitado por modos diversos y formas distintas...; primeramente fui atraído por la fluidez alegre e ingeniosa; luego por la sutileza aguda y refinada, y por último por

la fuerza madura y constante. El ejemplo lo declarará mejor: Ovidio, Lucano, Virgilio" (7). Y así discurre el amor del bello lirisismo con autoridad de crítico en la cala analítica a que somete sus lecturas. De preferencia se regala con autores antiguos. Va de Homero, "el primero y el último de los poetas", misterioso y proteico, "personaje admirable, casi por encima de la humana condición" (8), a Virgilio, "maestro del coro". Considera las "Geórgicas" como la obra más acabada que puede engendrar la poesía "sin menoscabo de la grande y divina "Eneida", cuyo quinto libro le parece el más perfecto. La admiración por Virgilio extravasa con crecido número de citas en los "Ensayos". Si los dioses le hubieran concedido el don celeste que con amargura no descubre en él, de seguro que en Virgilio buscara al "duca e signore" de sus inspiraciones. ¿No ha dicho que "pocos hombres hubo consagrados a la poesía que no se glorificaran más de haber engendrado la "Eneida" que el más hermoso joven de Roma? (9). Y es en Virgilio y no en el desvergonzado Marcial donde se provee de licencias para espetar el más jocosos y libérrimo de sus capítulos (10).

De Virgilio pasa a Lucrecio, cuyo poema materialista "De natura rerum" señala por lo profundo y lo hermoso: "Diré que siempre coloqué en primer término en la poesía a Virgilio, Lucrecio, Cátulo y Horacio". Lucrecio cuenta entre los progenitores de Montaigne. Si bien no adopta la física del latino, regocíjase con las profundas observaciones de carácter psicológico, con el largo disertar sobre la naturaleza del mundo y con la penetración de la doctrina epicúrea, con mayor amplitud asimilada en Lucrecio que en las enseñanzas de Cicerón o de Diógenes Laercio. Los más preciados lauros irán siempre a coronar la frente de Virgilio. Sin que por ello parezca desatinado ponerlo a cor-

(7) "Ensayos". Lib. I, capítulo XXXVII.

(8) Pierre Villey pone en duda que Montaigne gustara de Homero como de Virgilio. El ejemplo de la "Odisea" en griego con la firma de Montaigne desapareció en 1792 luego de la venta de los libros de Mirabeau, el mayor, diputado y presidente de la Asamblea Constituyente. Es sabido que Montaigne era eximio pescador de citas. Hay dudas respecto a la autenticidad de las acotaciones que había en el dicho ejemplar. Villey observa que las ocho o diez alusiones a episodios de la "Ilíada" y la "Odisea" que se encuentran en los "Ensayos" coinciden con alusiones de Plutarco y Séneca. P. Villey. "Les Sources et l'évolution des "Essais" de Montaigne. T. I, pág. 16". Hachette. París, 1933.

(9) "Ensayos". Lib. II, cap. IX.

(10) "Ensayos". Lib. III, cap. V. "Sobre unos versos de Virgilio".

ta distancia del filósofo del universo, tan diestro en rimas: "quejábanse los contemporáneos de Virgilio de que algunos comparasen con Lucrecio al autor de la "Eneida"; también yo creo que es una comparación desigual, más no la encuentro tan desacertada cuando me detengo en algún hermoso pasaje de Lucrecio". En cambio, que nadie intente acercar a Virgilio con Ariosto. Montaigne se acalora con sólo pensarlo y emplea dicterios extraños en sus habituales, serenas apreciaciones: "Si tal parangón les contrariaba (el de Lucrecio), ¿qué hubieran dicho de los que hoy le comparan, torpe, estúpida y bárbaramente con Ariosto, y qué pensaría Ariosto mismo?" El mal humor no perdura en este hombre suave; tanto menos cuando retira de la biblioteca el volumen de "nuestro buen Cátulo". Allí encuentra lo que más apetece: gracia ingenua y atrevida, giros amables y fáciles, y una elegancia y pureza supremas en los temas más nobles como en los más libres. Porque en Montaigne, a pesar de su senequismo cristiano, no han muerto todavía los sagrados fuegos que de mozo hiciéronle conocer las audacias todas del amor. Opone la pulidez de Cátulo, la "perpetua dulzura y florida belleza de sus epigramas", a lo que más le choca, "la afectación y lo rebuscado... de los fantásticos ditirambos españoles y petrarquistas". Pasemos por alto el juicio sobre los españoles para cuando busquemos la huella de Montaigne en España. Prefiere los epigramas de Cátulo a "los agujones con que Marcial aguza los suyos". Largo comercio mantiene en Horacio a quien cita, según la cuenta de Pierre Villey, alrededor de ciento cincuenta veces (11). Le admira, no sólo por su moral del justo medio, la mal comprendida "áurea mediocridad", sino por el espíritu claro y el léxico abundoso: "Horacio no se contenta con una expresión superficial, que le traicionaría; ve con claridad mayor y se interna más en las cosas; su espíritu abre y huronea todo el almacén de palabras y de figuras para representarse..." (12). Elogio honroso reserva para Lucano: "Lucano es también de mi agrado, y lo leo con sumo placer, no tanto por su estilo como por la verdad que encierran sus opiniones y juicios". Con Terencio, a quien Montaigne lee desde niño, entramos en el teatro de los latinos: "Por lo que respecta al buen Terencio y a las gracias y coqueterías de su lengua, tan admirable me parece, por representar a lo vivo los movimientos de nuestra alma y la índole de nuestras costumbres,

(11) P. Villey. "Les sources". T. I, págs. 164-165.

(12) "Ensayos". Lib. III, cap. V.

que en todo momento nuestra manera de vivir me recuerda sus comedias; por repetidas que sean las veces que lo lea, siempre descubro en él alguna belleza o alguna gracia nuevas". Plauto sedúcele menos, si bien reconoce que los italianos, "bastante diestros en el género", se amamantan en Terencio tanto como en Plauto.

La simpatía manteniéndose firme en favor de los antiguos. ¿Por qué? Porque no son suficientemente fuertes para andar sobre sus piernas". Nada señala tanto la diferencia entre antiguos y modernos, como Virgilio y el Ariosto. Mientras en la "Eneida" el poeta se mantiene en las alturas con sostenido vuelo", en el "Orlando" el autor revolotea y salta de cuento en cuento, como los pajarillos van de rama en rama, porque no confían en la resistencia de sus alas sino para hender un trayecto muy corto". Sorprende que Montaigne no vierta juicio alguno sobre Dante. Sábese, sin embargo, que "La Divina Comedia" dormitaba entre los libros que La Boetie le legara. La deficiencia es considerable en el experto cataador de valores. Es verdad que cita dos veces al Alighieri, sin que ello convenza acerca de una lectura detenida. En cambio, nos habla de Tasso, a quien visitara en el hospital de Alienados de Ferrara. La estimación que hace del poeta de "La Jerusalén libertada" choca a fuer de excesiva y sólo puede comprenderse en persona de escasa o nula relación con el Alighieri. Dice del Tasso: "uno de los ingenios más juiciosos y moldeados en la pura poesía antigua, superior en esto a todos los demás poetas italianos que jamás hayan existido" (13). **Troppo forte, caro signore!** Así parece entenderlo él mismo cuando atempera el juicio en ediciones posteriores. Sorprende que durante el deleitoso vagar por Italia no le atrajera el poder magnético del altísimo poeta. Montaigne leía en italiano sin dificultad y solía escribir en esa lengua, según lo demuestra en no pocas páginas de su "Journal de Voyage".

2

En los libros, como en la vida, busca Montaigne sensaciones de alivio contra el tedio de las horas. "En los libros sólo busco un entretenimiento agradable, y si alguna vez estudio, me aplico a la ciencia que trata del conocimiento de mí mismo, la cual me enseña el bien vivir y el bien morir". Por eso le placen, "entre los modernos", "El Decamerón" de Boccaccio, el de Rabelais, y el titulado "Besos" de Juan Segundo". Poco satisfactoria es la mención que hace de maitre Francois, ex-

(13) "Ensayos". Lib. II, cap. XII.

(5) "Ensayos". Lib. III, cap. IX.

(6) "Ensayos". Lib. I, capítulo XXVI.

tractor de quintaesencia, si bien no le condena, con lo cual demuestra su sagacidad crítica. Y en esto de condenar no se queda corto el perigordano. Vémosle aplicar la fusta a los más encumbrados espíritus. "La irrespetuosidad de nuestro tiempo consentirá acaso que declare, sacrilega y audazmente, que encuentro desatinados los diálogos de Platón; las ideas se ahogan en las palabras, y yo lamento el tiempo que desperdicia en interlocuciones dilatadas e inútiles un hombre que tenía tantas cosas mejores que decir". He aquí un claro y contundente hablar. ¿No se le ha escapado la pluma en uno de esos penosos momentos de achaques vesicales? Al día siguiente, calmo ya en las dulces horas de bienestar físico, torna a releer y enmienda la plana con aguda conciencia: "Mi ignorancia de su lengua me excusará si digo que no descubro ninguna belleza en su lenguaje". Eso es todo y nada más. Pero ya le ha puesto los puntos al "divino", como puede verse a poco de iniciada su plática sobre los libros: "Si yo digo que no me gusta el "Axioca" de Platón, por ser una obra floja, si se tiene en cuenta la pluma que lo escribió..." No estaba errado en el aserto, porque el "Axioca" no es de Platón, según testimonio de Diógenes Laercio. Sócrates, con ser mucha la admiración que le profesa, fátigale por veces, sobre todo cuando abusa de la influencia demoníaca. Pero a nadie castiga tanto como a Cicerón, cuyo talento retórico coloca, sin embargo, por encima de cuantos se han ejercitado en el arte de la palabra. Aprovechase del moralista disintiendo con el hombre, cuyo carácter vanidoso le desagrade, y con el escritor, que le abruma con sus pesados "prefacios, definiciones, divisiones y etimologías". Irrítale que a Pietro Aretino le llaman "divino", escritor de "forma hinchada", en la que abundan los rasgos ingeniosos, con mucho "de artificiales y rebuscados". Y aunque rinde pleitesía a Guicciardini como historiador honesto y veraz —no se puede ser veraz sin ser honesto— apunta en "ocasiones su estilo descosido" y "su charla escolástica" y le sorprende que aun en las acciones más hermosas el historaidor sólo vea "algún interés bajo y puramente material". El hombre que pinta Guicciardini es tan villano como el de Maquiavelo. No es mejor el de Montaigne. Una pinta de hipocresía hay en este resentimiento más externo que interno.

Sin advertirlo, hemos saltado de la poesía a la historia, campo de experimentación del que Montaigne no gusta de alejarse. "Los historiadores son mi fuerte. Son gratos y gustosos, y en ellos se encuentra la pintura del hombre, cuyo conocimiento busco siempre" — confiesa una vez más —. ¡El

hombre! ¡El hombre! Indagación afanosa de lo que más nos rodea y de lo que más ignoramos. ¿Acaso no le tenemos en cada uno de nosotros sin que podamos verle en su descarnada realidad? Pues por eso, porque es lo más difícil de ver con las propias retinas, recurre al auxilio de las ajenas. Todas ayudarán al proceso que le entabla a la pasión humana y con la suma de los más diversos y encontrados testimonios irá enriqueciendo el balance moral de los "Ensayos" con miras a una anatomía del espíritu o a una historia natural de los seres. Con esa finalidad recomienda que deben "hojearse" todas las obras históricas "sin distinción". Para Montaigne, hojear y leer son dos tareas similares e imprescindibles, porque no se puede hojear sin leer ni leer sin hojear, aunque no corresponda a la definición que de ordinario se hace de ambas actividades. La lectura supone método y continuidad, con el orden y el reposo que desconoce el que hojea, leyendo al azar esto y abandonando aquello. Bien lo expresa Montaigne cuando confiesa su manera de atacar las obras de Plutarco y Séneca: "Para emprender tal lectura no he menester de esfuerzo grande, y puedo abandonarla allí donde bien me place, pues ninguna dependencia ni enlace hay entre los capítulos de ambas obras". Las dos maneras son provechosas cuando el que lee es ducho captador de bellezas y enseñanzas. Obsérvese cómo insiste en la cantidad o falta de medida: "debe leerse toda suerte de autores, así los antiguos como los modernos, los franceses como los que no lo son, para tener idea de los diversos asuntos de que tratan". Claro está que luego impónese la juiciosa criba de ese informe material de referencias, las más de ellas malas, falsas o tendenciosas. En la criba que Montaigne practica, Plutarco y Séneca salen ennoblecidos, luciendo el título de "preceptores del mundo" y de la filosofía moral en los "Ensayos", como Sexto Empírico, Diógenes Laercio y Lucrecio lo son para la filosofía del espíritu. "Una docena de Laercios" quisiera para penetrar en las vidas tanto como en las doctrinas de los filósofos. Poco repara en la falta de ilación lógica con que Laercio relata sus vidas, especie de catálogo de opiniones o de registro civil de las personas. Cada cual construye como puede, con armonía de líneas o sin ella. Lo que a Montaigne le interesa en el biógrafo griego es el documento pasional e intelectual, la huella que deja la planta del hombre, el timbre de la voz, la genealogía de las ideas, todo ello silvestremente mezclado como las flores y los arbustos en la selva. Dirá: "prefiero los que se detienen más en las consideraciones que en la relación de los sucesos, más en lo que deriva del

espíritu que en lo que acontece en el exterior".

Sentada la premisa, sorprende su dilección por Julio César, más inclinado a la relación de los sucesos que al prolijo autoexamen de sus empresas e intenciones. El crítico que hay en Montaigne responde a cuanta objeción se le formula. César es digno de estudio, "no sólo en concepto de historiador, sino también como hombre". Y ha de ser, con efecto, extraordinario y superhumano quien logra fascinar tan en lo hondo a Shakespeare, mago sublimador de la especie. Montaigne lee a César "con reverencia y respeto mayores de los que generalmente se emplean en las obras humanas". La fisionomía múltiple, la naturaleza rica y cambiante de ese hombre que es todo lo que desea ser, cautivan a Montaigne y le inspiran aquel comentario marginal a "De bello gallico": "César es uno de los más grandes milagros de la Naturaleza". El juicio no es arrebatado, según se ha dicho, porque Montaigne es lector escasamente sugestionable. Cuando se dispone a leer, no a hojear, hácelo con atención recogida, sin apremio ni cuidado de las horas y los días. De ello da muestra el tiempo que emplea para rematar la obra: cinco meses. Son cinco meses de convivencia con el héroe cuya pulsación percibe en amplias, reiteradas, serenas auscultaciones. Diríase que le acoge en el castillo y que le sienta a la vera del fuego para verle y oírle mejor. En esa intimidad le juzga: "ya lo considero en sí mismo, en sus acciones y en lo milagroso de su grandeza; ya reparo en la pureza y la pulidez inimitable de su lenguaje..." Admira la fortaleza física y el temple amoroso. Pondera la sinceridad con que habla "de sus propios enemigos" y si algo le reprocha es el no hablar más de sí mismo: "tan innumerables hazañas no pudieron ser realizadas por él a no haber sido más grande de lo que realmente se nos muestra en su libro". Mas no hay grandeza sin sombra ni héroe que no enseñe, a su pesar, algún aspecto de irremediable pequeñez. Montaigne subraya "las falsas apariencias" con que César "pretende revestir la causa que defiende y a la basura de su ambición pestilente". Muy cruda la sentencia y desprovista de valor psicológico. ¿Queda algo del héroe cuando se le resta el nervio motor de sus empresas? ¿Se puede ser amo del mundo sin ambición de dominio? Recuéstase esta vez en el precepto horaciano de la mediocridad que ha de ser dorada para el contemplativo en cuanto a vida sin flaquezas, sin honores ni riesgos turbadores del amado reposo. Quitad el riesgo de la vida de César y al punto el hombre deja de ser milagroso portento de la Naturaleza. Es el panorama de la guerra civil el que conmueve y

amedrenta a Montaigne. Si la ambición de César es de suyo capaz de armar el brazo del hijo contra el padre, entonces el solitario de la torre lanza colérico anatema: "Yo abomino las rabiosas exhortaciones de esta alma turbulenta" (14). Anhele sin recompensa, grito que se lanza en el vacío sin que nadie logre hallar el buscado eco de resonancia.

Cuando la fatiga rinde los ojos de Montaigne, llama a su paje y le ordena que le traiga algunos ejemplares de historiadores sencillos, esto es, "los que no ponen nada suyo en los sucesos que historian" y se hace leer el primer volumen de la historia y crónica de maese Juan Froissart, al que ama por lo ingenuo y por la sinceridad que pone en el reconocimiento de sus yerros. De Froissart pasa a Felipe de Comines, memorias que relatan las gestas de Luis el oncenno y de Carlos octavo, reyes de Francia, y se regala con aquel "lenguaje dulce y grato, de ingenua sencillez". Si el día es largo, alterna con las "Memorias de los señores Du Bellay", "donde se encuentran muchas cosas dignas de ser sabidas y reflexiones nada vulgares". Con todo, nunca saborea mejor la lectura como cuando coge el libro en las propias manos. Entonces parecele encontrarse frente a frente con el autor o andarse con él de paseo por el Foro romano si el azar le trae las "Historias" de Tácito. "He recorrido de cabo a rabo las historias de Tácito, cosa que me acontece rara vez. Hace veinte años que apenas retengo libros en mis manos una hora seguida". El hechizo se explica por la abundancia de sentencias y razones "y por la manera sutil y puntiaguda, según el estilo afectado de su siglo". Quizás también por la actualidad que descubre en el relato de los hechos: "sus escritos son más apropiados para un pueblo revuelto y enfermo, como el nuestro al presente; frecuentemente diríase que nos pinta y que nos pellizca" (15). Comprueba con ello la supervivencia de los caracteres a través de las épocas. Si algo cambia es la túnica por el jubón, las picas o lanzas por el fusil de chispa, la manera de condimentar los alimentos o de adorar los ídolos, no así la corteza pasional, el móvil de las acciones, la tragedia que el hombre vive en el espacio que media entre dos silencios... Las doctrinas filosóficas o religiosas se desvanecen en vanos intentos por trasmutar lo intrasmutable. El ser humano es lo que ha sido y será lo que es: un elemento de guerra perpetua con todos y consigo mismo y la encarnación más elevada y abyecta del bien y del mal...

(14) "Ensayos". Lib. III, Capítulo I.

(15) "Ensayos". Lib. III, cap. VIII.

Monólogo al Maestro

Carta escrita en alta mar por ERNEST HEMINGWAY

= Envío de Max Jiménez. Tradujo Modesto Huete. San José, Costa Rica, enero del 36. =

Hace cosa de un año y medio se presentó a la puerta de mi casa, en Cayo Hueso, un joven que decía haber venido, después de pasar infinitas tribulaciones, desde lejana Minesota, con el único objeto de hacerle a este corresponsal algunas preguntas respecto al arte de escribir. Yo había llegado de Cuba el día antes, tenía que ir al tren a despedir a unos amigos y que escribir algunas cartas, y he aquí que este corresponsal, a la vez envanecido y aplastado ante la amenaza de un interrogatorio, le dijo que volviera al día siguiente por la tarde.

Era éste de elevada estatura, serio en extremo, los pies y las manos enormes, y el pelo recortado como un puerco espín.

Supe que durante toda su vida había deseado llegar a escritor. Se crió en una hacienda, y había completado el curso de segunda enseñanza en la Universidad de Minesota; trabajó como periodista, carpintero ordinario y peón. A guisa de vagabundo dos veces había cruzado los Estados Unidos. Insistía en ser escritor, y creía haber concebido buenos cuentos, los cuales deseaba escribir. Narraba de mala manera, pero se notaba que había algo en ellos de valor, siempre que pudiera expresarlo. Su seriedad era tan absoluta en cuanto al arte de escribir, que parecía que con ella vencería todos los obstáculos. Había vivido solo durante un año en una cabaña que él mismo construyó en el Norte de Dakota, en el transcurso del cual escribió incesantemente. No me mostró nada de lo escrito. Manifestó que todo ello era malo. Pensé que tal vez hablaba así por modestia, hasta que leí una de sus producciones publicada en un periódico de Miniápolis. Era algo abominable. Sin embargo, —pensé—, muchas otras gentes han escrito mal en los comienzos, y en vista de que este muchacho es tan serio, debe haber algo de valía en él; una seriedad positiva es uno de los requisitos indispensables, el otro, desgraciadamente, es tener talento. Fuera de ser escritor, también tenía este joven otra obsesión: siempre había deseado viajar por mar. Para solventar este extremo, le dimos trabajo como vigilante nocturno del barco, que le proporcionaba un lugar donde dormir y trabajar; se le dieron dos o tres horas al día como limpiador y medio día para que escribiera. A fin de satisfacer sus deseos de ir a la mar, le prometimos llevarlo a Cuba cuando fuéramos hacia allá. Demostró ser un excelente vigilante, tenaz trabajador en el barco



"Un comilón de bocaditos".—DISCATOR.

Madera de Emilia Prieto

y en su afán de escribir, pero en el mar era una verdadera calamidad: mostrábase lento cuando debía ser ágil, y a veces, parecía tener cuatro pies en vez de dos; poníase nervioso cuando había que actuar rápidamente; sufría de una incurable propensión al mareo y de cierta repulsión campesina a obedecer. Sin embargo, se mostró servicial y trabajador infatigable, siempre que no se le apresurase.

Lo llamábamos Maestro porque tocaba el violín, nombre que con el tiempo se redujo a Mice; un viento fuerte era tan efectivo para desorganizar la coordinación de sus ideas, que este corresponsal le dijo en cierta ocasión: —Mice, indudablemente Ud. va a ser un extraordinario escritor, porque para otras ocupaciones no vale un comino—. Por otra parte, sus escritos mejoraban diariamente. Todavía puede llegar a ser escritor. Pero este corresponsal, que a veces es malhumorado, jamás volverá a llevar a bordo un trabajador que aspire a ser escritor, ni a sufrir otro verano costearo la isla de Cuba o cualquier otro país, perseguido por preguntas y respuestas sobre la práctica de las

letras. Si otros aspirantes a escritores vienen a bordo del "Pilas", que a todo trance sean mujeres, muy bonitas y traigan champaña. Este corresponsal toma la práctica de las letras como una cosa distinta de la escritura de estas cartas mensuales; vale decir muy seriamente, pero le disgusta en extremo hablar del asunto con nadie. Habiéndose visto obligado a opinar sobre varios asuntos pertinentes durante un período de ciento diez días con el viejo y buen Maestro, este corresponsal, en gran parte de ese lapso, tuvo que reprimir sus impulsos de tirarle una botella cuando abría la boca para hablar de literatura, y aquí procede a presentar algunas de esas opiniones por escrito. Si éstas desalientan a alguien que intente escribir, es porque debe ser desalentado. Si benefician a alguno, será motivo de agrado para él. Si resultan cansadas, hay muchos cuadros en el periódico a los cuales volver la vista.

Mice — ¿Qué quiere decir Ud. cuando habla de escribir bien en oposición a escribir mal?

Corresponsal. — Escribir bien es escribir verídicamente. Al escribir un cuento será éste verídi-

co en la proporción del conocimiento de la vida que uno tenga y en la medida que sea hombre de conciencia; de manera que cuando produce algo, es como debía ser en la realidad. Si ignora las ideas y acciones propias de sus personajes, su buena estrella puede salvarlo por algún tiempo, o puede ser que escriba pura fantasía; pero si continúa escribiendo sobre lo que no sabe, se convertirá en un falso. Cuando haya engañado algunas veces, ya no podrá después escribir honradamente.

Mice.—¿Y qué de la imaginación?

Corresponsal.—Nadie sabe una jota de lo que es, sino que la conseguimos sin que nos cueste nada. Puede ser un fenómeno racial. Posiblemente lo sea. Es aquello que, aparejado a la probidad, debe tener un buen escritor. Cuanto más le haya enseñado la experiencia, tanto más verídico será el producto de su imaginación. Cuando llegue a imaginar con cierta exactitud, muchas gentes pensarán que lo que relata ha sucedido en realidad y que se limita a exponerlo.

Mice. —¿Cuál es la diferencia entre imaginar y exponer?

Corresponsal.—Si se tratara de una exposición al público la olvidaría. Cuando usted describe algo que ha sucedido en determinado día, la gente lo ve con su propia imaginación. Un mes más tarde, el elemento tiempo ha pasado y su exposición cae en el vacío, no se reproduce en la imaginación y nadie la recuerda. Pero si se trata de una creación, usted puede presentar una obra completa y sólida que emana vida. Usted ha creado algo cuyos resultados pueden ser buenos o malos. Es una producción, no una descripción. Es algo real hasta donde llegue su habilidad de producirlo y la base de conocimientos que lo sustentan. ¿Me entiende usted?

Mice.—No siempre.

Corresponsal. (Irritado) —¿Con mil diablos! Hablemos de otra cosa.

Mice. (Imperturbable). —¿Dígame algo más sobre la mecánica de escribir.

Corresponsal.—¿Qué quiere usted decir? ¿Algo sobre el uso del lápiz o de la máquina? ¿Qué fastidio...!

Mice. —Sí.

Corresponsal. —Oiga Ud. Cuando se comienza a escribir, uno es el que privativamente disfruta, sin participación del lector, en su goce. De manera que bien puede usted usar una máquina de escribir, porque siendo esto lo más fá-

cil, mayor es su placer. Después que usted ha aprendido a escribir, comprenderá que su fin único es el de llevar al lector todo, sensaciones de vista, sentimientos, lugares y emociones. Para conseguir este fin. Ud. tiene que pulir y repulir lo que escribe. Al escribir con lápiz obtiene usted tres diferentes impresiones que lo capacitan para darse cuenta si comunica al lector lo que desea: Primero, cuando lo revisa; luego, cuando lo pasa a la máquina, tiene oportunidad de mejorarlo; y, por último, al corregir la prueba. El escribir con lápiz le aumenta en una tercera parte la oportunidad de mejorar lo escrito. Eso equivale a 333 por 1000, lo que constituye una enorme ventaja para quien quiere aceptar. Mantiene la obra sin terminar por más tiempo, facilitando su mejora.

Mice. —¿Cuánto escribía usted diariamente?

Corresponsal. —Lo mejor es detenerse siempre cuando la producción es todavía fluida y usted sabe como va a continuarla. Si hace usted lo propio todos los días, cuando escribe una novela, no hay peligro de que se pegue en el camino. De cuanto le he dicho, esto es lo que tiene más valor y procure recordarlo.

Mice. —Está bien.

Corresponsal. —Deténgase siempre antes de encontrar tropiezos y no piense más en el asunto, ni se preocupe por él hasta que empiece a escribir al día siguiente. De esa manera, el subconsciente estará constantemente pendiente de él mismo. Pero si usted se da a pensar o a preocuparse, le aniquilará, y su cerebro estará cansado antes de volver a comenzar la tarea. Una vez que se haya internado en el desarrollo de la novela, es cobardía preocuparse de si puede continuarla al día siguiente o atormentarse ante la perspectiva de una actuación inevitable. No hay más remedio que seguir adelante. Preocuparse carece de sentido. Estos preceptos son indispensables para escribir una novela. La parte difícil es cómo terminarla.

Mice. —¿Cómo puede aprender uno a no preocuparse?

Corresponsal. —No pensando en el objeto que produce la preocupación. En cuanto empiece a pensar en él, deténgase. Piense en alguna otra cosa. Esto, necesariamente, debe usted aprenderlo.

Mice. —¿Cuánto relee usted diariamente antes de empezar a escribir?

Corresponsal. —Lo mejor es leerlo todo diariamente, desde el comienzo, haciendo siempre correcciones y después continuar el trabajo donde terminó el día an-

terior. Cuando se haga tan largo que no pueda leerlo diariamente, límitese a dos o tres capítulos finales al día y después, al terminar la semana, léalo todo desde el principio hasta el fin.

Esta es la manera de hacer de todo ello una sola pieza. Recuerde constantemente detener el trabajo cuando la producción continúa aún siendo fácil, con lo cual la mantiene usted viva en vez de matarla, siguiendo la tarea de escribir hasta agotarse. No ajustándose a este consejo, usted se encuentra al día siguiente atolondrado y no puede proseguir.

Mice. —¿Sigue usted la misma práctica respecto del cuento?

Corresponsal. —Sólo que algunas veces Ud. puede escribir un cuento en un día.

Mice. —¿Sabe usted cuál va a ser el resultado cuando escribe un cuento?

Corresponsal. —Casi nunca. Principio a escribirlo, y suceda lo que suceda, siga adelante.

Mice. —No es esa la manera de enseñar a escribir en los colegios.

Corresponsal. —De eso no sé yo nada. Nunca fui al colegio. Si un lingüista supiera escribir, no se vería obligado a enseñar su arte en los colegios.

Mice. —Usted me está enseñando.

Corresponsal. —Eso prueba que estoy loco y, además, esta es una embarcación, no un colegio.

Mice. —¿Qué libros debería leer un escritor?

Corresponsal. —Debería leerlo todo para que sepa lo que tiene que superar.

Mice. —No es posible que haya podido leerlo todo.

Corresponsal. —No digo que pueda. Digo que debería. Por supuesto que no puede.

Mice. —Bien, pues, ¿qué libros son necesarios?

Corresponsal. —Debería haber leído: **La Paz y la Guerra** y **Ana Karenina** de Tolstoi, **Aprendiz de Navío**, **Easy** y **Pedro el Simple** por el capitán Margat, **Madame Bovary** y **La Educación Sentimental** de Flaubert, **Ruddentooks** por Thomas Mann, **Dubliners**, **Cuadro de un artista** y **Ulises** de Joice,

Rojo y Negro y **La Cartuja de Parma**, de Stendhal, **Los Hermanos Karamazoff** y una o dos obras más de Dostoiewski, **Huckleburry**, **Finn** de Mark Twain, **El barco abierto** y **El Hotel Azul** de Stephen Crane, **Bienvenida** y **Adiós** de George Moore, **Autobiografía** de Yeats, **todo lo bueno** de Maupasant, todo lo bueno de Kipling, todo Turgenief, **Muy lejos** y **Hace mucho tiempo** de Hudson, **Cuentos de Henry James**, especialmente **Madame de Mauvers** y **La vuelta del Berbiquí**. **Cuadro de una dama**. **El americano**.

Mice. —No puedo anotarlos tan de prisa. ¿Cuántos hay más?

Corresponsal. —Otro día le diré los demás. Hay próximamente tres veces más de los que le he dicho.

Mice. —¿Debería un escritor haberlos leído todos?

Corresponsal. —Todos y muchos más. De otra manera no sabría lo que tiene que superar.

Mice. —¿Qué quiere decir usted con eso de que "tiene que superar"?

Corresponsal. —Escuche usted. Es inútil escribir nada que haya sido escrito, a menos que usted pueda superarlo. Lo que un escritor de nuestros tiempos tiene que hacer, es escribir lo que no se ha escrito antes, o si no, superar ruidosamente lo hecho por los muertos. Generalmente no existen escritores vivos. Su fama es creada por los críticos que necesitan genios en las diversas estancias del año, alguien a quienes ellos comprenden completamente y se sienten seguros al alabarlos, pero cuando estos genios de fabricación mueren, dejan de existir completamente. La sola gente con quien puede competir un escritor serio, la constituye los muertos de renombre.

Mice. —¿Cuál es la mejor educación temprana para producir un buen escritor?

Corresponsal. —Una niñez desgraciada.

Mice. —¿Cree usted que Thomas Mann es un gran escritor?

Corresponsal. —Sería un gran escritor si únicamente hubiese producido **Buddenbrooks**.

Mice. —¿Cómo puede un escritor ejercitarse?

Corresponsal. —Observe lo que pase hoy. Si damos con un pez, fíjese con exactitud lo que hace cada uno. Si lo impresiona en tanto que se retuerce, retraiga la memoria hasta que vea con fijeza cuál fué el acto que le produjo a usted mejor emoción; si el tirar de la cuerda y el estirarse está como las de un violín, hasta ver chorrear de ella gotas de agua, o la manera cómo el pez da tumbos salpicando el agua. Recuerde qué ruidos se escucharon y qué se dijo. Descubra el origen de su emoción; cuál fué la acción que puso tensos sus nervios. Escríbalo luego claramente y procure que el lector experimente la misma sensación que usted vivió.

Mice. —Está bien.

Corresponsal. —Luego, siguiendo sus experimentos, procure introducirse en la cabeza de alguna otra persona. Si yo lo regaño, trate de indagar en lo que estoy pensando y analice sus propios sentimientos. Si Carlos insulta a Juan, piense en el estado de ánimo de cada uno. No se limite a pensar en quién tiene razón. Las cosas de los hombres son como deben o no deben ser. En su condición de hombre, usted sabe quién tiene la razón y quién no la tiene. Se ve obligado a tomar determinaciones y a proceder conforme a ellas. Como escritor usted no debe convertirse en juez. Debe limitarse a comprender.

Mice. —Está bien.

Corresponsal. —Ahora, escúcheme atentamente. Cuando alguien habla, concentre entera atención en lo que oye. No se distraiga pensando en lo que usted va a replicar. La mayor parte de la gente nunca escucha. Tampoco observa; usted debe ser capaz de entrar a un cuarto y saber, cuando sale de él, todo cuanto vió allí y algo más. Si ese cuarto le produjo alguna sensación, usted debe darse cuenta exacta de qué elementos produjeron esa sensación. Hágalo como práctica. Cuando esté en la ciudad, párese a la puerta del teatro y fíjese cómo son de dis-

Quiere Ud. buena Cerveza?...

Tome **"Selecta"**

No hay nada más agradable ni más delicioso.

Es un producto "Traube"

tintas las personas en el modo de apearse de los automóviles. Hay mil maneras de ejercitarse. Concentre siempre su atención en los demás y no en usted.

Mice. —¿Usted cree que llegaré a ser escritor?

Corresponsal. —¿Cómo diablos voy a saberlo? Puede ser que no tenga talento. Puede ser que no pueda sentir para los demás. Usted ha concebido buenos cuentos, sólo falta saberlos escribir.

Mice. —¿Cómo puedo arreglármelas?

Corresponsal. —Escriba. Si trabaja durante cinco años sin resultados, lo mismo le da pegarse ahora un tiro que entonces.

Mice. —Yo no me mataría.

Corresponsal. —Aproxímese, y yo le pegaré el tiro.

Mice. —Muchas gracias.

Corresponsal. —No hay de qué, ¿por qué no hablamos de otra cosa?

Mice. —¿Qué otra cosa?

Corresponsal. —Cualquier otra, mi viejo camarada Mice, sin especificación ninguna.

Mice. —Bien, pero...

Corresponsal. —Ningún pero. Terminó la charla sobre literatura. Todo el mundo se ha ido; hasta mañana. La tienda está cerrada y el dueño se ha ido a su casa.

Mice. —Bueno, está bien. Pero mañana tengo algo que preguntarle.

Corresponsal. —Apuesto a que usted se va a divertir escribiendo; desde que sabe cómo se hace.

Mice. —¿Qué quiere usted decir?

Corresponsal. —Ud debería saberlo, diversión, entretenimiento. De una plumada escribir una vieja obra maestra.

Mice. —Dígame...

Corresponsal. —Basta ya.

Mice. —Bien, pero mañana...

Corresponsal. —Sí, convenido. Seguramente. Pero mañana...

El manglero

(Cuento)

Por CARLOS M. SALAZAR HERRERA

= Envío del autor. —Puntarenas, Costa Rica. Enero de 1936 =

Había, entonces, luna llena detrás de las nubes.

De las linternas en las gasolinas ancladas a mitad del Estero, caían chorros de luz en el agua, filtrándose.

Mástiles de velero, desnudos dibujaban círculos en el aire.

Canoas palpitando, amarradas vivas a la orilla, como persona sin dinero que quiere pasar el mar.

Conchas y caracoles.

Un hombre quieto, casi muerto, sentado en el fondo de una canoa, tenía asida una cuerda y esperaba.

—¿Hay algo?

Nica y puntareneño, quemado de piel, lento de palabras, el pescador contestó:

—Ejtoy ejperando, puej.

Crecía en secreto la marea empujada por la luna.

A veces levantaba el aire caliente, brazadas de olor a marisco.

El pescador dijo:

—Puej antej pejcaba con chinchorro; ora trabajo en loj manglares. Dejé la pejca, adentro, porque la mar me jala.

Y el manglero contó:

—Puej un diya que echamos el chinchorro, l'agua me jalaba... y juí y m'eché a l'agua...

El manglero se pasó una mano por la cara.

—Loj compañeroj me sacaron...

Y el manglero se enderezó.

—Ai ejtá picand'un peje... Buen peje... No mordió el desgraciao.

El manglero se sentó.

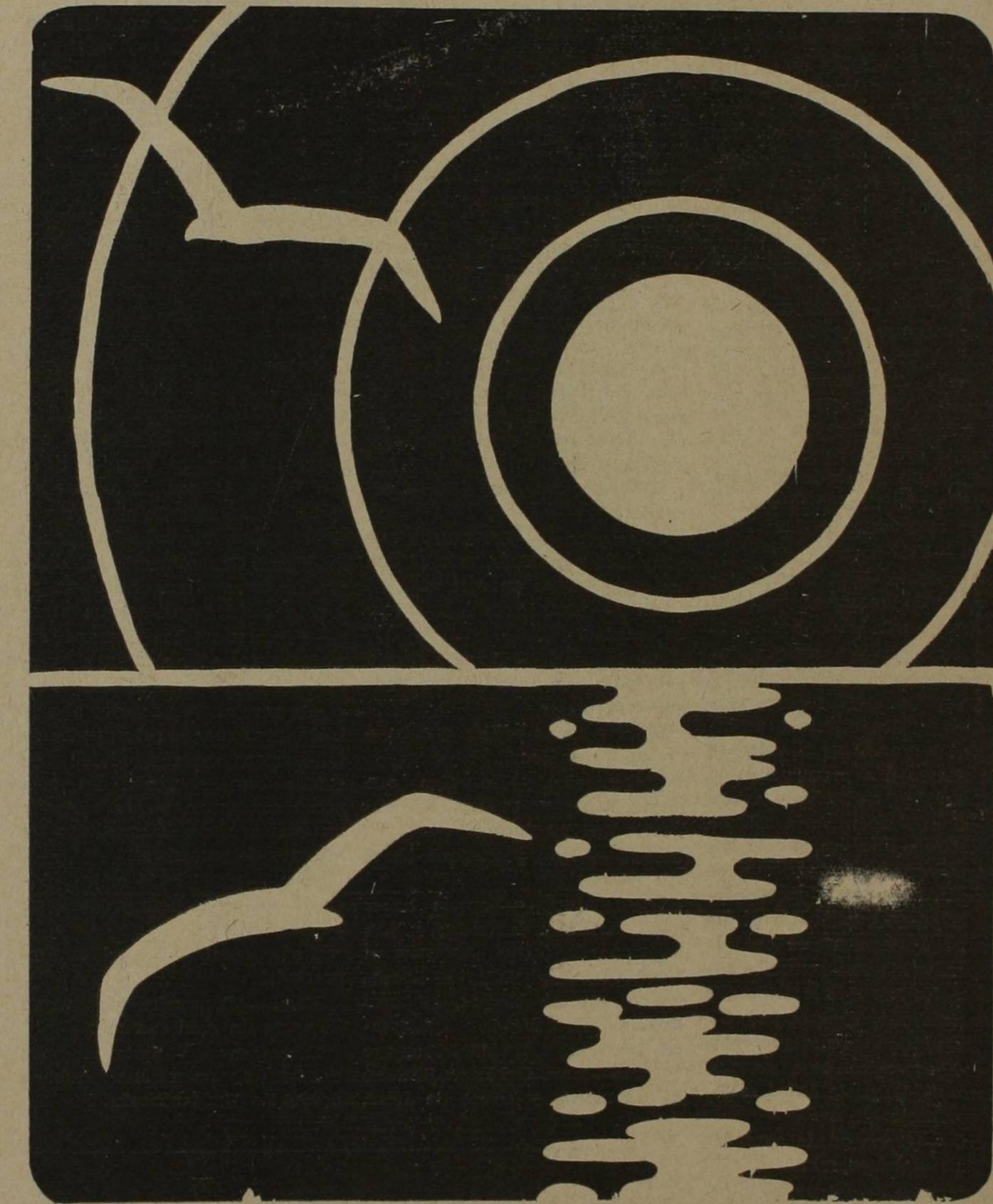
—Puej otro diya también me jaló l'agua... Yo nunca he tenío a naide...

Las jotas en sus palabras sonaban como quejidos apretados.

Del otro lado de la punta vino la voz de un vapor llamando a su gente.

Y el manglero repitió:

—Puej yo no puedo meterme dentro de la mar. L'hé agarrao miedo. L'agua me jala. Por eso pejco en l'orilla...



Madera de C. M. Salazar Herrera

El calor aplastaba la voz llorona del manglero, antes pescador a chinchorro, que insistía con la terquedad de la marea:

—L'agua me quiere joder. puej... Me quiere joder...

Salió redondísima la luna, y con la luna se hizo metálica la plea-

mar, y profundo y extraño el Estero todo.

El manglero se levantó:

—Me voy, puej, ya veo l'agua. Pensé: Está hartado de mar. Ha vivido solo. Demasiado solo con el mar o demasiado mar para vivir solo. Ya se ha gastado, como los lanchones esos.

Un año pasado, busqué al manglero. Se lo había tragado el mar en una noche tranquila.

Chorros de luz en el agua. Mástiles de velero, desnudos. Canoas palpitando. Conchas y caracoles.

Y el agua se paladeaba bajo los cascos viejos de los lanchones abandonados.

Caporales hispanoamericanos al servicio del yanqui imperialista

Por JUAN DEL CAMINO

= Colaboración. Costa Rica y enero del 36 =

Rusia y Uruguay habían logrado armonizar sus relaciones y nadie juzgó por eso que la nación de América que tendía su mano franca al gobierno soviético pretendía revolucionarse. Se estableció un intercambio beneficioso. Uruguay mandó algunos de sus productos y Rusia compensó. En esta forma abriéronse mercados que dieron movimiento a riquezas estancadas. Con la gasolina de las refinerías rusas no llegaron ideas revolucionarias a las poblaciones uruguayas. En realidad ni una ni otra nación se propusieron otra cosa que mercantilizar sus relaciones. Las ideas fueron algo desconocido y pudo así durar la armonía varios años. Ningún país condenó al Uruguay ni ningún gobierno le puso el cartel de comunista para excluirlo y relegarlo.

Pero Uruguay empezó a ser tiranizado por el caporal adueñado del mando. Y cuando el caporal suelta sus instintos el infierno se extiende por todos los confines de un país. La desgracia de estos gobernantes llamados por la imbecilidad humana "manos de hierro" es que resumen en sí todos los medios de destrucción y los aplican a acabar con las generaciones honradas, con las generaciones capaces de salvar el decoro y la dignidad de los pueblos. Exaltados por los pícaros y alentados por ellos, sólo hacen obra satánica. Uruguay es desde hace unos años víctima de uno de esos monstruos. Ha perseguido y ha matado para conservar el mando. Como consecuencia ha nacido la rebeldía y se ha exteriorizado hasta donde la maquinaria de la tiranía la ha dejado. Y esta protesta del uruguayo contra el caporal no tuvo nunca conexiones rusas. Como no las tienen las continuas y múltiples protestas que a diario surgen en estos pueblos y en todos los pueblos del mundo contra los regímenes de tiranía.

Pues arde en Brasil la dignidad y quema al otro caporal que allá gobierna. Entonces viene la persecución contra las inmensas poblaciones organizadas contra la tiranía del Brasil. El caporal se ve en peligro porque es grande la fuerza social que quiere tumbarlo. La revuelta sale del pueblo hambriento y tiranizado y hay un momento en que parece estar en sus últimos estertores la satrapía. Pero estos satanismos no mueren a tiempo. El del Brasil volvió a vivificarse y de pronto las poblaciones revolucionadas sintieron el látigo del amo en posesión plena del mando.

Dos países de América tiranizados en donde las poblaciones quieren salvarse de la barbarie. Esto son Uruguay y Brasil. En ambos el mando está en eso que llaman gobernante "mano de hierro". Los efectos son visibles. Y como tienen que justificar la sangre que sacan con el hierro de sus manos, vuelven los ojos a lo que inspira más horror a los gobiernos. El caporal del Brasil dijo que a él lo combatían las ideas venidas de Rusia, es decir, las ideas comunistas. Lo dijo para dar al movimiento de protesta contra su tiranía el aliento revolucionario rojo y poder declararlo fuera de la ley. Pudo así matar y extender la desolación. El Brasil acaba de sufrir la insania de su gobernante.

Y como Uruguay está en sus fronteras y el otro caporal ha tenido levantamientos, extendió la teoría cómoda de que eran las ideas soviéticas las que estaban inquietando el alma popular. La extendió para comodidad nada más. El tiranuelo uruguayo entonces rompió la armonía comercial con Rusia y declaró que los males en que él venía viéndose envuelto eran males nacidos de la legación soviética que allí residía. Necesitó que llegara el descubrimiento a iluminarle el camino fácil para justificar en adelante los atropellos de su "mano de hierro". E inmediatamente hizo salir al representante de Rusia y llamó al de su gobierno en aquella nación. De ahora en adelante esos caporales matarán cuanta protesta surja contra sus crímenes y latrocinios atribuyéndoles siempre orígenes soviéticos.

El caso es para meditar. Enterémonos bien de que la armonía entre Uruguay y Rusia ha durado varios años y de que ha tenido simplemente fines comerciales. Las ideas han estado ausentes en absoluto. Es decir, el gobierno soviético no hizo de Uruguay un centro de propaganda revolucionaria. Se limitó a buscar los productos que podía comprarle a Uruguay. Se limitó a traer a Uruguay algunos de sus propios productos. La legación rusa sólo trabajó con esos recursos y en la nota que dirige al caporal uruguayo antes de abandonar el país le dice: "Sólo he mantenido actividades diplomáticas y comerciales sin conexión con movimiento alguno de otra índole. No puedo sino expresar la sorpresa que me ocasiona la ruptura de relaciones entre dos países cuyos lazos de amistad se han desarrollado siempre en completa normalidad y que han servido para construir relaciones económicas. Como se sabe, mi gobierno declaró oportunamente y con claridad plena que no existe la menor dependencia entre el Gobierno Soviético y la Internacional Comunista y no cae responsabilidad sobre mi gobierno por las actividades de la Internacional". Finalmente el Gobierno Soviético quiere situar la discusión ante la Liga de Naciones y ha pedido al Gobierno del caporal uruguayo que presente ante aquel organismo sus cargos.

Debemos enterarnos de este caso que nos trae la ruptura de la armonía comercial entre Rusia y Uruguay, porque hay en él todo un sistema de persecuciones que muy pronto será puesto en práctica en toda la América. Para los tiranuelos es comodísimo eso de sofocar el régimen de opinión apelando al recurso miserable de que es inspiración comunista. Y como contra el comunismo hay desatada la tempestad de odios implacables de todos los gobiernos del mundo nada contendrá los más monstruosos crímenes. La legación rusa ha sostenido bien el principio de que su Gobierno es indiferente a los movimientos de protesta habidos contra los caporales del Brasil y de Uruguay. Pero de la invención de don Getulio Vargas se aprovecharán en lo futuro todos los Vargas y todos los Terra apoderados del mando del países de nuestra América.

Dicen que el fachismo ha metido fuego en esa hoguera para vengarse de que Rusia ha condenado ante la Liga su monstruosa guerra contra Abisinia. Y así como el fachismo muchas otras fuerzas caen en su oportunidad y tratan de fortalecer un principio de destrucción. Para los pueblos de América es amenazante el caso. Tienen el gravísimo problema de la conquista imperialista yanqui. El imperialismo crece visiblemente. Los gobiernos no le oponen barrera alguna. Sin embargo, hay corrientes poderosas de opinión que sí combaten tenazmente la conquista y si no la contienen por lo menos la van desacreditando y ya no harán la cadena muy sólida. Con la invención de los Getulios le será fácil al imperialismo yanqui aniquilar el régimen de opinión que hasta ahora ha podido usar la América para combatirlo. Con aplicarle al censor del Departamento de Estado el mote de comunista ya queda justificado el atropello. Vano será afirmar que la protesta contra el imperialismo siempre ha nacido de almas rebeldes a la sumisión que es injusticia y es descastamiento. Los getulios han hecho el mal inmenso de dar al Departamento de Estado el arma eficaz para imponer el silencio.

No desaprovechará el yanqui imperialista el camino que ahora se le da. Le será así fácil modelar pronto cuantas factorías necesite en América. Podrá usar el poder de los gobiernos para acabar con las voces que lo combatan. Y siempre conseguirá tener como ejecutor al gobernante "mano de hierro". Ya lo veremos en un futuro no muy lejano ufánandose de que por toda la América ostenta el caporal su poder dominante. En realidad el caporal resume en sí al tipo de hombre que mejor sirve los intereses del imperialismo. Mantiene el orden y extiende la paz. Y paz y orden son lo que el imperialismo necesita para crecer. El imperialismo vive de concesiones. Y las concesiones se obtienen cuando se riega dinero para extender el silencio en un país. Pero también el silencio impuesto por el caporal es beneficioso. ¿Quién chista cuando tiene la amenaza del látigo y de la cárcel? ¿Quién puede chistar si no hay dónde hacerlo? Cuando nadie habla puede la compañía y la organización imperialista controlada por el Departamento de Estado obtener concesiones para que el imperialismo sea el único dueño de las rutas aéreas, de las tierras, de las aguas, de los medios de transporte terrestre y marítimos. El caporal vive del fomento de ese progreso ficticio. Por eso da cuanto pide la organización imperialista. ¿Quién sabe si la rivalidad de las refinerías yanquis no ha estado activando la ira del caporal uruguayo! Rusia mandaba gasolina a Uruguay y con esto dejaba Uruguay de comprarla a los petroleros yanquis. El renglón de la gasolina comprada por Uruguay ha debido desvelar al preocupado señor Hull, que desde el Departamento de Estado vigila la reconquista de los mercados de estos pueblos para la industria yanqui.

Busquemos el verdadero móvil en estos sucesos de carácter internacional ocurridos ahora en países de nuestra América. Es necesario que el imperialismo yanqui nos encuentre alerta y dispuestos a denunciarlo. Para el Departamento de Estado toda actividad contra sus fines imperialistas debe ser condenada. Y en lo sucesivo la manera eficaz de lanzar la condenación, que es decir la destrucción, será atribuir a la Rusia soviética la defensa que estos pueblos hagan virilmente de su suelo y de su dignidad.

Explicación

Por PIO BAROJA

= De Ahora, Madrid. Diciembre 15 de 1935. =

Voy a interrumpir hoy mi ocupación habitual, que consiste en contar historietas de otras personas, ocupación apacible, para hablar de mí mismo, cosa agrídulce, que al mismo tiempo irrita y agrada a la vanidad.

Yo estoy llegando a esa época en la que se espera o no se espera nada, y en la cual se piensa con satisfacción en la soledad y en el silencio; pero hay algunos amigos y algunos simpatizantes, y para ellos escribo estas cuartillas.

Es el caso que el Ayuntamiento de San Sebastián, mi ciudad natal, quiere hacerme un homenaje, que yo agradezco en el alma; a mí, que no soy muy partidario de los homenajes y que no tengo en el pueblo ni en el país la adhesión de la mayoría. Tampoco la tengo en el resto de España ni en la América latina. Hace poco, en un periódico de lejanas tierras, donde se habla castellano, me llamaban "cínico, protervo y aborto de iniquidad".

Claro que son motivos políticos y religiosos los que producen esa antipatía, que, sin duda, es respetable.

Tiempos pasados, un chico de Vera que había ido a vivir a Pamplona me decía que le preguntaban a él:

—Y tú ¿de dónde eres?

—Yo, de Vera.

—¿De ese pueblo donde vive Pío Baroja?

—Sí.

—Ese hombre es peor que un demonio.

Nos desacredita. Debían pegarle cuatro tiros.

Eso es natural. Es lógico no tener simpatía por el que se considera enemigo, y más en España, país — hasta ahora al menos — dogmático e intransigente. No se va a esperar la benevolencia del que se cree atacado en sus convicciones. Tampoco se puede esperar el asenso del que tiene ideales literarios o sociales distintos y opuestos a los de uno.

Yo, como los demás escritores de cierta independencia, estoy acostumbrado a la invectiva y a la sátira.

Ello no me extraña; lo que sí me choca es ser blanco de acusaciones un tanto raras y estrambóticas.

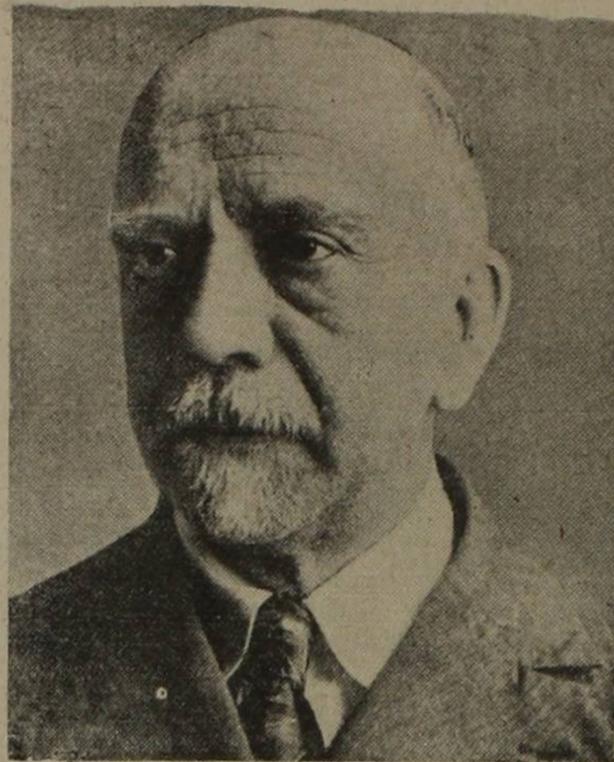
En estos últimos años me han dicho que tengo una obesidad monstruosa, que he enronquecido gritando en las tertulias de los cafés, que he sido comunista, que estoy vendido a los burgueses, que he claudicado al ser académico, y este verano pasado, un periódico nacionalista y clerical ha asegurado que soy un autor pornográfico y antivasco.

También dijeron en San Sebastián, en los últimos tiempos de la Dictadura, que yo formaba parte de la Unión Patriótica, sin duda por arribismo, como podían haber dicho que estaba afiliado a la F. A. I., a la Camorra Napolitana o al Ku-Kux-Klan.

Yo me reí de ello; pero no dejó de asombrarme que el que propalaba esta pequeña falsedad fuera de una familia arribista, cuyos miembros se han distinguido por no tener inconveniente en pertenecer a cualquier partido o fracción política con tal de prosperar y de medrar.

Recriminaciones de esta clase, a pesar de hallarme habituado al desdén y a la invectiva, me dejan un poco estupefacto, por lo inesperadas.

El escritor español corriente, por la intoxicación antigua del espíritu latino de



Pío Baroja
(1934)

puras formas, ya no necesita ideas, ni conocimientos, ni noticias para juzgar a un hombre o a un libro; le basta y le sobra una fraseología formada por los detritus de todos los lugares comunes viejos de la retórica. Al que usa estos procedimientos se le llama "estilista".

Un escritor, según los cánones admitidos por la rutina, tiene que ser un bohemio de café, un hombre de espíritu cáustico, dispuesto a venderse al mejor postor. Todo ello parece reminiscencia de la literatura romántica y de la novela por entregas.

Examinando las pequeñas inculpaciones que me han hecho, confieso que me han asombrado un poco, por lo extrañas y por lo absurdas.

Respecto a obesidad, no creo que parezca, por el volumen, ni un elefante ni una ballena. El crítico del periódico "Le Temps" Paul Souday, a quien me presentaron en París hace años en un banquete, donde estaba también Corpus Barga, me dijo:

—Le hubiera tomado a usted por un oficial de la Marina francesa.

No me consideraba, sin duda, tan monstruoso. No creo que los franceses confundan a sus oficiales de Marina con los cachalotes, con los tiburones o con los pulpos. Sin embargo, la idea de que yo tengo algo de monstruo debe de correr por ahí porque en un libro de Francisco Pina, dedicado a mí, se refuta esa afirmación.

Cuando era uno joven y flaco le decían que estaba en los huesos y que parecía un tuberculoso, y cuando quedó uno un poco como todo el mundo, le achacaron una obesidad tremenda. Sin duda, hay gente que no acierta nunca, ni aun siquiera en el volumen o en el peso.

En enronquecer en tertulias de cafés, a mí tiene que ser un poco raro, porque, en contra de todas las pragmáticas convencionales de la vida literaria, creo que hace

treinta y cinco o cuarenta años que no voy a ningún café.

Lo de venderse, me parece estúpido.

¿A quién? ¿Para qué? Yo no he visto a nadie que haya querido comprar las convicciones de otro. Yo, al menos, no he tenido nunca el honor de que se me haya acercado alguien haciendo de Mefistófeles, con esta idea de compraventa. No he tenido que resistir seducciones de esta clase y he vivido modestamente de mi trabajo.

Con respecto a la claudicación de entrar en la Academia, es también una simpleza. En Francia, dos escritores universales que llenaron el mundo con su fama — Víctor Hugo y Emilio Zola — solicitaron ingresar en la Academia. Víctor Hugo lo consiguió la segunda vez que se lo propuso. Zola, no.

Pues bien: lo que esos dos escritores de fama inmensa solicitaron, yo, escritor de fama corta — que si ha tenido algún nombre ha sido más por lo que han hablado mal de él y de sus libros que por otra cosa — no solicité. Eso sí, acepté el cargo y agradecí la benevolencia. Rechazarlo me hubiera parecido una prueba de modestia que no tengo o una extraña presunción de genio de café.

La acusación de pornografía y de antivascismo, de un periódico nacionalista donostiarra, creo que es manobra política más que otra cosa. Hoy todo es política en España. No hay más que política, que cuando es honesta no parece constituida más que por unos torneos oratorios de escolares sobre temas conocidos y manoseados.

Nadie que lea mis libros encontrará en sus páginas pornografía. Verá quizá incorrección, desorden, desaliento, obscuridad; pero pornografía, no. Puesto a buscar, hallará más ascetismo que pornografía.

La pornografía se encuentra mejor en otros escritores que presumen de católicos que en mí.

Yo no puedo ser un pornógrafo. La pornografía es una tendencia a considerar el erotismo como algo trascendental, pecaminoso y demoníaco. Yo no puedo tener esa tendencia porque no creo ni en lo demoníaco ni en el pecado. La pornografía, para mí, es una cosa fea, baja y ridícula.

El padre Ladrón de G... en un libro — "Novelistas malos y buenos" — afirmaba que yo era impío, clerófobo y deshonesto. Lo de impío quizá sea lo único cierto; por eso un amigo alemán me decía en broma en una carta que mi lema debía de ser esta frase en latín: "Solo impietate pius" (sólo pío en la impiedad).

Yo soy un curioso de la vida, y todo lo que sea falsearla en bien o en mal, por sentido pedagógico, ético o religioso, me desagrada.

El supuesto antivascismo tampoco lo advertirá el lector en mis obras. Yo he escrito mucho del país vasco y siempre con simpatía. Tal simpatía no se extiende a los ultramontanos. Estos, por su fanatismo, por su odio al libre examen y a la verdad limpia y pura, me parecen productos exóticos, antirraciales, que han ahogado con sus férulas durante siglos la originalidad que podía haber en nuestro pueblo.

Dos novelas mías, las dos vascas, "El mayorazgo de Labraz" y "Zalacain el aventurero", aunque no alcanzaron mucho éxito al publicarse, se han traducido al francés, al inglés, al alemán, al italiano, al bo-

hemio, al sueco y al holandés. "Zalacain" ha sido durante algún tiempo libro de lectura en la Sorbona, en los colegios de Inglaterra y en las Universidades norteamericanas y se han hecho de él varias ediciones escolares — últimamente, una en Londres — con un mapa de las provincias vascas y el itinerario recorrido por el personaje.

En ninguno de los prólogos o notas de estas traducciones y ediciones escolares se ha hablado de mí como de un enemigo del país vasco, sino todo lo contrario.

En la última edición escolar, hecha por los profesores Botsworth y E. G. James y publicada por Black, editor de Soho Square, de Londres, al referirse a los tipos de Zalacain, se habla de "the Rabeasiám humour of the Basques", cosa que no les puede hacer gracia a los clericales si lo leen.

Algún amigo seminacionalista me ha reprochado el mostrarme literariamente castellano. ¿Qué puede ser un escritor vasco del lado de acá de los Pirineos más que castellano? No va a ser gallego ni catalán. El vasco actual está vinculado a la lengua castellana, lo quieren o no lo quieran. Vasconia contribuyó a formar la Castilla primitiva; en el castellano quedaron influencias del vascuence, quizá más que en sus palabras en su fonética. La pronunciación vasca es más genuinamente castellana que la pronunciación de las comarcas del Sur. Gonzalo de Berceo, el más antiguo poeta, en romance, emplea palabras vascongadas. Hoy todavía en Alava se oyen giros y expresiones idénticas a las usadas por el viejo clérigo de San Millán de la Cogolla.

Esto no tiene nada que ver con la política del día. Ahora, sí se puede hacer una afirmación. Aunque el país vasco llegara a ser independiente de la política de Madrid y de España, sería tan español como cualquiera de las regiones españolas. Compararlo, como hacen los nacionalistas en sus campañas de propaganda, con Cuba y con Filipinas, en donde los verdaderos naturales primitivos eran indios, tagalos e igorotes, es de una estupidez imponderable.

En contraste con el antivasquismo que me han reprochado, en algunas ciudades del Sur me han motejado de poco español o de poco españolista, porque no he hablado con el suficiente respeto y entusiasmo de las mezquitas y de las palmeras. Allí hay la superstición de que una mezquita es mucho más española que una catedral, y una palmera más que un roble. Cada cual elige su paisaje y su paralelo espiritual y literario por intuición y por inclinación. Yo no elegiré el de las palmeras.

Hace no sé cuánto tiempo, y hablando de no sé que libro mío, decía el periódico "Euskadi", de Bilbao, que estaba escrito con la parte más oscura del cerebro de un vasco.

A mí esto no me pareció un reproche. La obscuridad y el instinto primitivo, si alguna vez logra sacarlo a la superficie el vasco, constituirá su gran empresa literaria.

Para comentar a Platón o a los clásicos, los vascos hemos llegado tarde a la cultura. El tradicionalismo, el nacionalismo o el marxismo del país tienen poco interés ecuménico. Son de segunda mano, y de ello no saldrá nada original ni fuerte. En cam-

bio, el que pueda sonar esa obscuridad ancestral que nos precede y aun nos envuelve en la prehistoria, en la tradición y en la superstición, hará una obra perdurable.

Los vascos de los últimos cristianos de la Península y hasta de Europa somos gente latinizada a última hora; no hemos tenido el culto de las leyes y de la ciudad como los latinos ni la tendencia comunista y monoteísta tradicional de los judíos.

Somos nosotros, aunque parece superficialmente lo contrario, los menos católicos de España, los menos políticos y los menos romanos.

Me alejo sin querer de mi tema.

Algún me dirá que no vale la pena de sincerarse ni de explicarse. Ya se comprende que en estos momentos desapacibles de inquietud colectiva, las cuestiones históricas y etnográficas no tienen importancia alguna para la mayoría. Tampoco las tienen las personales. Los políticos se exculpan y se sinceran. ¿Por qué no han de hacerlo los escritores? Al fin y al cabo, en la política, si hay enemigos, hay también partidarios; en cambio, en la pequeña vida literaria de España, la hostilidad no va contrarrestar con la defensa.

No es que yo me quiera presentar físicamente como un apuesto mancebo, y moralmente, como un héroe. Ya sé que soy un edificio ruinoso, pero no con los caracteres amanerados y ridículos con que me pintan.

Así que me conviene hacer constar ante los amigos que no tengo la obesidad monstruosa que me atribuyen, ni he enronquecido en las tertulias de los cafés, ni he sido comunista, ni me he vendido, ni he claudicado, ni soy pornógrafo, ni antivasco, ni he pertenecido a la Unión Patriótica de la Dictadura.

Ya no tengo tanta seguridad para decir que no soy un protervo ni un aborto de iniquidad, como ha asegurado un escritor clerical en un periódico americano.

**Cansancio mental
Neurastenia
Surmenage
Fatiga general**

*son las dolencias
que se curan
rápidamente con*

KINOCOLA

*el medicamento del cual
dice el distinguido Doc-
tor Peña Murrieta, que*

**"presta grandes servicios a
tratamientos dirigidos se-
vera y científicamente"**

Yo, al menos, no he tenido sueldos ni pensiones, ni comisiones, ni he viajado nunca a costa del Estado. No creo que sea un gran mérito, pero no todos los plumíferos pueden decir lo mismo.

Algún me advertirá:

—Bien. Esas son virtudes negativas. Positivamente y en el terreno social ¿qué ha hecho usted?

—Nada. Yo no tengo la culpa de haber vivido en un período un tanto mediocre y palabrero.

Hechas estas salvedades, que demuestran que no ha cometido uno más crímenes que el de perpetrar algunos libros, voy a insistir en la cuestión — difícil para mí — de índole literaria, aunque también personal, de este homenaje donostiarra.

Un homenaje en vida es un tanto comprometido para los que lo inician y para el que lo acepta; más comprometido aún si el asentimiento general no existe. Si se han engañado los que lo han iniciado, es un fracaso público y notorio.

¿Y cómo tener la seguridad de no engañarse? ¿Quién sabe con certeza cuál es el autor que vale y el que no vale? ¿Quién puede decir: éste pasará a la Historia y éste no?

Nadie en su época tiene un dinamómetro para medir la fuerza espiritual de sus contemporáneos, y todos, aun los más inteligentes, pueden equivocarse.

Si en meteorología no se sabe el tiempo que hará mañana, ¿quién va a poder inducir el clima literario o artístico que reinará dentro de cincuenta o de cien años?

Cuando me explicaron los organizadores que el homenaje consistiría en colocar un busto en el jardín del antiguo convento de San Telmo me alegré. No en balde he sido en mi vida un poco frailluno.

El lugar es recóndito y apacible, y se puede considerar que la obra de un artista, como la de Victorio Macho, puede estar allá como tal obra artística, no por la persona que represente. Así la estatua no tiene por qué ofender los sentimientos de los reaccionarios. No pretende — al menos, por mi parte, ni creo que por parte de nadie — ser un trágala para ellos.

Al ver el busto en ese sitio tranquilo y romántico, al lado de un sauce, mucha gente pensará que es un monumento funerario, quizá de un antiguo fraile, y que el hombre cuya figura reproduce murió ya hace años. Es igual. En el mundo de la literatura y de las artes hay muchos muertos que viven y muchos vivos que murieron casi al nacer.

Yo no sé si flotará en la Historia la literatura española actual; tampoco sé si entre lo que sobrenade quedará alguna parcela de mi obra.

Yo ya no tengo curiosidad ni espíritu crítico para examinar lo que he escrito. Si hay algún aficionado a ello, él verá si en ese montón de papel impreso que he dejado tras de mí queda algo o no queda nada.

Si se borra mi recuerdo y el busto persiste en su sitio, me contentaría, si esto fuera posible, con que la gente que lo contemplara en el porvenir supiera que el que sirvió de modelo a esa estatua era un hombre que tenía el entusiasmo por la verdad, el odio por la hipocresía y por la mentira y que, aunque dijeran lo contrario en su tiempo, era un vasco que amaba entrañablemente a su país.

UNA HISTORIA DE PIO BAROJA

La justicia del buen alcalde García

— Sacada de la novela *El escuadrón del Brigante*. Tomo II de las *Memorias de un Hombre de Acción*. Caro Raggio, editor. Madrid, 1921. —

Han de saber ustedes, señores—dijo el cura—, que hay en la orilla del Duero, no les diré si muy cerca o muy lejos, un pueblo grande que, aunque no se llama el Villar, para los efectos de mi historia le nombraremos así.

Este pueblo es célebre por sus albaricoques y por otros dulces y sabrosos frutos; por el zumo de la uva, que es de primera calidad; y aunque yo sea eclesiástico, tengo que reconocer que también es nombrado por la belleza de sus mujeres.

En el Villar hay varias casas solariegas e hidalgas, y entre ellas la más impotente es la de los Acostas.

Algunos dicen que estos Acostas proceden de unos judíos portugueses que se establecieron en el lugar en tiempos de Felipe II; otros afirman que no, que son cristianos viejos y de rancia prosapia.

Existe un indicio para creer que los Acostas tuvieron relaciones con la Santa Inquisición, puesto que en su escudo hay una rueda de suplicio y seis costillas, jeroglífico que parece quiere decir: "Rueda a costa de mis costillas".

Fuera de esto lo que fuera, el caso es que en el Villar, en la casa solariega de los Acostas vivía hace siete u ocho años don Rodrigo de Acosta, señor que había sido militar y quedado viudo y con dos hijos: don Diego y doña María.

Don Rodrigo, que tenía pleitos en Madrid, solía ir con frecuencia a la corte y dejaba encomendada la custodia de su hijo a un viejo perdido, llamado Sarmiento, a quien se le conocía por el Capitán, y a su hija doña María, al cuidado de una dueña respetable, llamada doña Mercedes.

En este mismo pueblo vivía Antonio García, apodado el Tobalos, hombre conocido en toda la comarca por su honradez.

El Tobalos tenía cinco o seis pares de mulas; trabajaba casi todo el día en el campo y no hablaba apenas. Tenía el Tobalos una hija, Epifanía, que prometía ser una real moza, y recogido en casa un sobrino suyo, hijo de una hermana.

Este conjunto de antecedentes es necesario conocer para mi historia.

Se deslizaba la vida del pueblo sin más acontecimientos que los de costumbre, cuando se comenzó a hablar de las travesuras de don Diego Acosta, el hijo de don Rodrigo.

Al principio nadie se sorprendió, porque era costumbre de los hijos de familias poderosas hacer su voluntad y su capricho.

Poco a poco, las travesuras subieron de punto y se convirtieron en verdaderas bellasquerías de rufián.

Don Diego, en compañía de su amigo y consejero Sarmiento, alias el Capitán, robaba en los garitos, apaleaba a los mozos y violaba a las muchachas en los campos.

Un día el Tobalos vió a don Diego que rondaba su casa. Sin más averiguaciones, se vistió y fué al palacio de los Acostas, preguntó por don Rodrigo, le explicó en pocas palabras lo que ocurría, y añadió:

—Yo no digo más. Si a don Diego le veo de nuevo rondando mi casa, le pego un tiro.

Don Rodrigo, que sabía que el Tobalos era

hombre honrado, le aseguró que don Diego no volvería a rondar su casa, y, efectivamente, así fué.

Pasaron unos meses y llegó la época de ferias. En esta época solían descolgarse en el Villar una turba de chalanos, gitanos, jugadores, tahures y cómicos.

Esta vez llegaron dos carros de comediantes, y entre éstos una dama joven, muchachita verdaderamente linda, llamada Isabel.

La compañía de cómicos estuvo más de una semana; los galanes del pueblo asediaron a la dama joven, ofreciéndole regalos y joyas; pero la muchacha era honesta y rechazó todas cuantas proposiciones la hicieron.

En esto, una mañana se supo con horror en el pueblo que la dama joven acababa de ser encontrada hecha pedazos en un bosquecillo próximo al río.

La justicia comenzó sus averiguaciones, y se supo que un cómico de la compañía había estado la noche del crimen en una casa que una vieja celestina tenía detrás de la iglesia. Esta vieja era conocida por la tía Cándida.

Las autoridades prendieron al cómico y encontraron que tenía manchas de sangre en las botas. Lo llevaron a él y a la tía Cándida a la cárcel. La celestina probó la culpabilidad, demostrando que durante todo el día no estuvo en su casa, y el cómico, que no pudo explicar cómo aparecían manchas de sangre en sus ropas, fué agarrotado en la plaza pública.

Pasó medio año y comenzó a olvidarse el crimen.

El pueblo estaba muy dividido: cada casa aristocrática tenía sus partidarios, y las disputas eran constantes. Entonces, no se sabe a quién, pero muchos supusieron que a don Rodrigo Acosta, se le ocurrió nombrar alcalde corregidor a Antonio García el Tobalos.

Seguramente, podrá haber un hombre más inteligente que él; pero con dificultad otro más recto.

Como si todas las posibilidades de encumbramiento se presentaran de pronto, García vió que don Diego Acosta se dirigía formal-

mente a su hija Epifanía, pidiéndola en matrimonio. Poco después su sobrino Fernando galanteaba a doña María, la hija de la poderosa familia de los Acostas, y con asombro de todos era aceptado en ella.

El pueblo acusó al corregidor de sentirse orgulloso; no era cierto. El Tobalos no quería nada con don Diego de Acosta, aunque le permitía hablar con la Epifanía por la reja. Creía que el perdido había de volver a las andadas.

Si el Tobalos no se deslumbraba con su posición, su hija Epifanía y la señora Manuela, su mujer, estaban cerca de volverse locas de contento.

Así las cosas, una noche se presentó a ver al alcalde García un muchacho joven forastero, vestido de negro.

Le hicieron pasar al cuarto del alcalde, y al entrar en él se arrodilló y dijo:

—Señor corregidor, vengo a pedir justicia.

—Si está en mi mano hacerla, se hará—contestó el alcalde. —Levántate, muchacho ¿Qué pasa?

El joven vestido de negro, habló en estos términos:

—Yo, señor, soy hermano de un cómico que ha sido ejecutado en el patíbulo en la plaza del Villar por considerársele autor de un crimen contra una muchacha violada y descuartizada a orillas del río. Mi hermano había sido un calavera; había arruinado a mi padre, que es librero en Valladolid, y era la deshonra de la familia. A pesar de esto, ni mi padre ni mi madre creyeron nunca a mi hermano capaz de cometer un crimen así, y afirmaron siempre que debía haber un error en su condena. Efectivamente; lo hay.

El corregidor quedó contemplando atentamente al joven, que siguió hablando así:

—Mi padre, que tiene amigos en el Villar, encargó a uno de ellos que hiciera averiguaciones acerca del crimen, y el amigo las hizo; y como estas indagaciones dieron resultado, mi padre me encargó que viniera aquí. Aver, ese amigo y yo fuimos a ver a una anciana enferma y moribunda, y ella nos confirmó que mi hermano era inocente y que los asesinos de la muchacha fueron otros. El amigo nuestro, al saber los nombres de los verdaderos criminales, tembló, y desde este momento ya no ha querido mezclarse en nada. Estaba abatido, creyendo que nadie querría ayudarme en la reivindicación de la memoria de mi hermano, cuando una buena mujer, en cuya casa vivo, me dijo: "Vete a casa del

JOHN M. KEITH & Co., S. A.

SAN JOSE, COSTA RICA

AGENTES Y REPRESENTANTES DE CASAS EXTRANJERAS

Cajas Registradoras NATIONAL (The National Cash Register Co.)

Máquinas de escribir ROYAL (Royal Typewriter Co., Inc.)

Muebles de acero y equipo para oficinas (Globe Wernicke Co.)

Implementos de goma (United States Rubber Co.)

Máquinas de contabilidad MONROE

Refrigeradoras Eléctricas GRUNOW

Plantas eléctricas portátiles ONAN

Frasquería en general (Owens Illinois Glass Company).

Conservas DEL MONTE (California Packing Corporation).

Equipos KARDEX (Remington Rand International).

Maquinaria en General (James M. Montley, New York), Etc., Etc.

JOHN M. KEITH,
SOCIO GERENTE.

RAMON RAMIREZ, A.
SOCIO GERENTE.

alcalde García; si él cree que tienes razón, aunque sea contra el rey, te ayudará". ¿Qué me contesta usted, señor alcalde?—preguntó el joven vestido de negro.

—Cuenta los hechos, dame los nombres y las pruebas... y se hará justicia.

El muchacho narró lo ocurrido y terminó diciendo:

—La anciana enferma moribunda no tiene inconveniente en declarar.

—Entonces, que vengan dos testigos y el notario, y vamos allá.

El corregidor se envolvió en su capa, y en compañía de los dos testigos, del notario, de un escribiente y del muchacho fueron a una casa pequeña próxima a la iglesia parroquial.

La vieja era muy vieja y muy enferma, pero estaba en el dominio de todas sus facultades; recibió la visita de las autoridades con calma, y después de jurar en nombre de Dios decir la verdad, exclamó:

—Me alegro que hayan venido usías a mi pobre casa, porque el remordimiento me tiene atosigada el alma. Sí, yo creo que conozco a los que mataron a la cómica, y no lo he dicho ante la justicia porque estoy baldada por el reuma y no he podido ir a declarar, y cuando conté a un hijo mío lo que pasaba, me dijo éste que veía visiones y que no me metiera en lo que no me importaba.

—Está bien. Cuente claramente lo que pasó y lo que vió—dijo el alcalde.

—Pues verá usía: todo fué una pura casualidad. El día del crimen, mi hijo, al marcharse, después de comer, a trabajar al majuelo, me preguntó si yo recordaba dónde estaban unas botas viejas, suyas. Por la tarde fuí a un cuarto que tenemos en la parte de atrás, donde guardamos los aperos de labranza, y estaba allí registrando y viendo las cosas una a una. Este cuarto tiene, y luego si ustedes quieren lo pueden ver, un ventanillo que da a la calle de la Cadena. No sé qué ocurrencia me dió, o si es que oí alguna voz, el caso es que tuve la curiosidad de mirar por allí, y poniendo un cajón en el suelo y subiéndome a él me asomé por el ventanillo y vi a dos hombres en acecho.

—¿Los conoció usted?—preguntó el corregidor.

—Sí.

—¿Quiénes eran?

—Don Diego de Acosta y el Capitán.

Los testigos y el notario y el jovencito vestido de negro miraron a García, que no parpadeó.

—No deje usted de apuntarlo todo—dijo el corregidor al escribiente; y luego añadió, dirigiéndose a la vieja:

—Siga usted.

—Don Diego iba a cuerpo; el Capitán, a pesar de que no hacía frío, llevaba una capa negra. Como yo, lo mismo que todo el pueblo, sabía que don Diego y el Capitán eran hombres de aventuras, supuse que se trataría de algún enredo amoroso. Estuve mirándolos durante algún tiempo ir y venir por la calle desierta; me fuí a trabajar, y al anochecer volví de nuevo a curiosear desde el ventanillo. De pronto, apareció un hombre y entró en el portal de la tía Cándida; no era ni don Diego ni el Capitán; no era ninguno del pueblo.

—Era mi hermano el cómico—interrumpió el jovencito vestido de negro.

—Estuvo esperando el hombre en el portal—siguió diciendo la vieja—hasta que se acercó una mujer tapada, alta, gruesa, que desapareció en la casa.

OCTAVIO JIMENEZ A.

ABOGADO Y NOTARIO

OFICINA:

50 varas al Oeste de la Tesorería de la Junta de Caridad.

TELEFONO 4184 APARTADO 338

Creía yo en aquel instante que don Diego y el Capitán se habrían marchado; pero en esto les vi aparecer a los dos, y a los pocos momentos volvieron corriendo. El Capitán llevaba una mujer en los brazos. Entraron en casa de la tía Cándida. La mujer no gritó; quizá llevaba la boca tapada. Esperé, y una hora más tarde, ya de noche, salieron la señora alta y el galán de negro, y poco después, el Capitán y don Diego, con un bulto obscuro en brazos. Ya no vi más.

Mi hijo volvió aquel día muy tarde del majuelo, y me contó que debajo del puente había visto a dos hombres, que le parecieron el Capitán y don Diego, apisonando la tierra.

Al día siguiente, cuando se supo la muerte de la cómica, le dije ya a mi hijo:

—¿No habrán sido los asesinos esos dos? Porque yo les vi salir de casa de la tía Cándida... Y mi hijo me contestó:—Madre, usted chochea, usted no ha visto nada.

—Eso es todo lo que sé, señores—concluyó diciendo la vieja.

Se le leyó la declaración, en la que puso una cruz por no saber firmar, y se retiraron las autoridades.

Al día siguiente, el corregidor, con el alguacil y el escribano, fueron a la orilla del río; debajo del puente mandaron cavar en distintos puntos a un bracero, y encontraron la capa del Capitán manchada de sangre y dos puños, que pertenecían a don Diego.

Por la noche, don Diego y el Capitán eran presos y llevados a la cárcel con escolta.

El asombro del pueblo fué extraordinario. Don Rodrigo de Acosta se presentó en casa de García furioso, indignado; pero cuando el corregidor le mostró las pruebas, el viejo hidalgo quedó confundido.

El alcaide de la cárcel, que consideraba todos los procedimientos buenos para descubrir un crimen, comenzó por atemorizar a los culpables, poniendo por las noches en su calabozo una calavera entre dos velas; luego dió tormento al Capitán y a don Diego, y al fin éstos confesaron.

El pueblo entero se había declarado en contra de los culpables; creía que don Rodrigo intentaría salvar a su hijo por cualquier medio y todo el mundo estaba dispuesto a no permitirlo.

Sobre el alcalde pesaban mil influencias; su hija estaba enferma, grave; su mujer lloraba constantemente; su sobrino Fernando y don Rodrigo pedían indulto.

—Antes que nada es la justicia—repetía el corregidor.

El viejo Acosta compró al alcaide y a los demás carceleros a peso de oro para que permitiesen escapar a don Diego, y propuso al corregidor que hiciera la vista gorda.

García no aceptó.

Acosta le suscitó pleitos para arruinarle.

El alcalde no se rindió.

La hija se agravó; pidió a su padre perdón para su novio. El alcalde dijo que él no era quien para perdonar.

Contra viento y marea llevó el proceso hasta el fin, y no paró hasta que envió a los dos criminales al patíbulo.

Su hija Epifanía murió; el sobrino Fernando huyó del pueblo; de la hacienda del Tobalos no quedó nada; toda se la comieron los curiales.

El día de la ejecución, por la mañana, el buen alcaide García cruzó el pueblo. La gente, al verle, le abría paso, le miraba y le saludaba con respeto. Las campanas tocaban a muerto. Un gran paño negro cubría el escudo del palacio de los Acostas.

El alcalde vió cómo el verdugo agarrotaba a los dos criminales; luego volvió a su casa, sacó el macho, en donde hizo montar a su mujer, y dijo:

—Vamos, mujer. Ya no tenemos nada que hacer aquí.

Y los dos, cruzando el pueblo, se marcharon de él para no volver más.

In angello cum libello—Kempis.—

En un rinconcito, con un librito,

un buen cigarro y una copa de

ANIS IMPERIAL

SUAVE — DELICIOSO — SIN IGUAL.

FABRICA NACIONAL DE LICORES

SAN JOSE, COSTA RICA

Aberdi precursor

Por SALVADOR DE MADARIAGA

= De Sur Nos. 10 y 11. — Buenos Aires, Rep. Arg. =

(4.—Véanse las entregas 5, 6 y 7 del tomo en curso)

8.—La solidaridad

Ya hemos observado la insistencia que pone Alberdi en **palpar**, por decirlo así, el cuerpo de la sociedad internacional, existente ya. Así, se pregunta si las naciones "en que se distribuye el género humano pueden formar un sólo cuerpo al través del espacio que las separa", y responde victoriosamente que mayor que el espacio que separa a las naciones europeas es el que media entre partes distintas del Imperio ruso. Esta imagen, **cuerpo**, de una importancia capital para comprender ese sentido común inteligente que es rasgo característico del pensamiento alberdiano, reaparece en otra página admirable por la claridad de su visión intuitiva:

"Si la denominación de **cuerpo** dada a un Estado —si la palabra cuerpo social, lejos de ser una mera figura retórica, expresa la realidad de un hecho natural, según los biólogos y sociólogos modernos, no hay razón para no considerar el conjunto de las naciones como un cuerpo único, cuyos órganos son las naciones consideradas separadamente. Este cuerpo no existe ya formado, pero existe al menos la prueba de que tiende a formarse por la misma ley que ha formado cada una de las sociedades actuales que han de ser unidades constitutivas de él."

Alberdi afirma que la evolución hacia la Sociedad-Mundo es un hecho natural, del que apunta numerosas manifestaciones en el curso de su ensayo. Inspirándose en su concepto del hombre individual como sujeto de la Sociedad-Mundo, da una curiosa y sagaz interpretación de la función consular en esta evolución creadora del cuerpo de la sociedad universal. Comparándolos con los diplomáticos, Alberdi considera a los cónsules como factores de unión entre los elementos **individuales** de las distintas naciones, mientras que aquéllos lo son de las naciones entre sí, como entes colectivos. Admitido como consecuencia del cristianismo que "el hombre gozará de sus derechos civiles o naturales fuera como dentro de su país natal", va creciendo una población flotante de seres expatriados; "el magistrado natural"—dice Alberdi—"de esta población flotante de cada sociedad en el mundo, es el cónsul". Y añade, con esa visión sintética que le es peculiar, "Por sus cónsules se puede decir que cada nación tiene por límites de su acción protectora sobre sus miembros los límites del mundo. Ellos hacen que el mundo forme una patria o sociedad de todos los hombres de la tierra". Idea verdaderamente original y profunda, porque, si, en efecto, se sigue la trayectoria claramente marcada por Alberdi hacia la extensión de la función del cónsul, que, como él dice admirablemente, es el "maire", el inspector, el juez de paz de la humanidad, se produce gradualmente una especie de difuminación de las fronteras.

De estos párrafos se desprende la índole concreta y exacta de la visión alberdiana. No estamos en presencia de un iluso soñador de utopías sino de un pensador estadista que ve en las formas sociológicas la profunda analogía que las une a las biológicas en cuanto a la ley evolutiva. No nos extrañará por tan-

to que, en más de un lugar, Alberdi intente fijar las fuerzas colectivas a base universal que predeterminan y dirigen esta evolución de las formas sociológicas hacia la Sociedad-Mundo. De estas fuerzas, la fundamental, aparece definida con exactitud y con excelente sentido del equilibrio en el párrafo siguiente:

"Los Estados modernos, aunque independientes, forman un solo mundo por la solidaridad de los intereses que los relacionan y ligan indisolublemente".

La solidaridad internacional tiene dos formas, una subjetiva, objetiva la otra. Tanto da decir que en la una es el hombre sujeto activo de solidaridad, que mana de su corazón como fuente espiritual creadora; mientras que en la otra, el hombre es mero objeto pasivo de solidaridad como lo son las gotas de agua que circulan en la tubería. La solidaridad subjetiva depende de una evolución de las emociones y de las ideas, favorecida por ciertos movimientos espirituales o intelectuales como el cristianismo o el humanismo, estorbada por otros, como el nacionalismo o la filosofía de Nietzsche (mejor o peor interpretada); el hombre **se siente** más o menos solidario del hombre según cae más o menos bajo la influencia de una u otra de estas formas de pensamiento o de **weltanschauung**. Pero, cualesquiera que sean los progresos o retrocesos de esta evolución de la solidaridad subjetiva, la solidaridad objetiva avanza a pasos agigantados a favor del progreso de las comunicaciones físicas y mentales; este progreso ha reducido las dimensiones virtuales del planeta, en cuanto al transporte físico, a las de la España del tiempo de Fernando VII, en cuanto al transporte mental, a las dimensiones de la Atenas de Pericles. Así el planeta tiende a ser un solo mercado y una sola opinión pública, gracias al progreso de la solidaridad objetiva; lo que no es todavía a causa del atraso relativo de la solidaridad subjetiva, es una sola patria.

Pues bien, aunque en el ensayo de Alberdi no se analiza la solidaridad en los términos en que aquí se ha intentado, todas las observaciones y todas las ideas apuntadas figuran en uno u otro lugar de su escrito. El lector hallará buena parte de ellas en la siguiente página, típica a este respecto: "Esta sociedad existe ya... Cada día se hace más estrecha por el poder mismo de la necesidad... A medida que el espacio desaparece bajo el poder milagroso del vapor y de la electricidad, que el bienestar de los pueblos se hace solidario por la obra de ese agente internacional que se llama el comercio que anuda, encadena y traba los intereses unos con otros mejor que lo haría toda la diplomacia del mundo, las naciones se encuentran acercadas una de otra como formando un solo país. Cada ferrocarril internacional equivale a diez alianzas; cada empréstito extranjero es una frontera suprimida. Los tres cables atlánticos han suprimido y enterrado la doctrina de Monroe sin el menor protocolo. La prensa, es decir, esta luz que se arrojan unas a otras las naciones, sobre todo lo que interesa a sus destinos de cada día, y sin cuyo auxilio toda nación pierde su derrotero, y deja de saber

dónde está y a dónde va; la prensa, alumbrada por la libertad, es decir, por la ingenuidad de los pueblos en la gestión de sus destinos, hace posible la formación de una opinión internacional y general que suple al gobierno que falta al pueblo-mundo".

En estos párrafos se halla condensada la idea de la solidaridad objetiva en sus dos aspectos, físico y mental. Alberdi concede desde luego al comercio, toda la importancia que tiene — y quizá alguna más — en este desarrollo de la solidaridad objetiva. Los lugares en que según su costumbre vuelve constantemente sobre esta idea son demasiado numerosos para citarlos. Por ser el más sintético, valga como ejemplo el siguiente: "Dejad que las naciones dependan unas de otras para su subsistencia, comodidad y grandeza. ¿Por qué medio? Por el de una libertad completa dejada al comercio a cambio de sus productos y ventajas respectivas. La paz internacional de ese modo será para ellas, el pan, el vestido, el bienestar, el alimento y el aire de cada día". No es sin embargo este punto aquel en que nuestro autor se muestra más original; imbuído quizá con exceso del optimismo de los librecambistas militantes ingleses (cita a Cobden entre "la falange de los obreros indirectos del derecho internacional", con "Alberico Gentile, Grocio y Cia.", Cristóbal Colón, Vasco da Gama, de Lesseps...), no pasa en este terreno de repetir sin aclarar ni profundizar la teoría muy discutible del librecambio a secas como elemento de paz internacional.

Se explica que un ciudadano de la República Argentina, nación que tanto se retrasó en su desarrollo económico por el régimen de muralla de China que hasta principios del siglo XIX —en realidad, hasta el fin de su dominio metropolitano— mantuvo España en sus colonias, sintiera por las teorías librecambistas el entusiasmo de Alberdi. Por otra parte, en Cobden, el librecambio toma un aire entusiasta y generoso muy del agrado sin duda del entusiasta y generoso Alberdi. Pero en esto de las relaciones comerciales óptimas para las colectividades nacionales y su conjunto mundial, es menester hilar más delgado. Ninguna teoría **exclusivamente** económica puede ser verdad, y si Alberdi hubiera recordado tanto su iberismo como su cristianismo, le hubiera venido a la imaginación aquello de que "no sólo de pan vive el hombre". Cuando nos dice que más pueden los intereses que las ideas, toma a la vez una actitud poco alberdiana, es decir, poco ibérica, y desacertada, porque el hecho es que pueden más las ideas que los intereses, hasta el punto de que los mismos "intereses" no son sino las ideas que nos hacemos de nuestros intereses.

El librecambio es a la protección lo que la guerra en campo libre es a la guerra de trincheras. La verdadera organización comercial de la Sociedad-Mundo no puede estar basada en el **viva quien venza** que es el fondo de la doctrina librecambista, sino en un sentido orgánico cooperativo y superior. No deja de verlo Alberdi, y en una página ya parcialmente citada más arriba, intenta dictar la ley vital del organismo formado por las naciones como "la separación de sus partes para trabajos o funciones especiales y la dependencia mutua para el cambio recíproco de productos". Aquí desarrolla Alberdi esta teoría optimista y Benthamista de la división del trabajo entre las naciones por medio del librecambio. Pero no parece darse cuenta de que al contentarse así con las "armonías na-

turales" de la economía, deja entrar en su ciudadela mental al enemigo, a la guerra que con tanto empeño ha expulsado hasta ahora, porque el resorte maestro de la teoría inglesa del librecambio es la libre competencia, es decir, la determinación automática de la especialización nacional por medio de la guerra comercial entre productores rivales en mercado libre.

Pero de la guerra comercial no puede salir la paz política.

9.—El camino

En una de las pocas páginas en que elevándose por sobre sus múltiples y sucesivas intuiciones, procura abarcar una vista de conjunto, Alberdi resume los factores de la evolución universal hacia la Sociedad-Mundo y los pasos que habrá de dar en el campo de las instituciones y de las costumbres internacionales. No deja de padecer, aun esta página sintética, de su típico desorden y de su tendencia a la improvisación, y así no todas sus ideas, expuestas al azar de su afloramiento a la superficie del pensamiento, figuran en la enumeración sistemática que de ellas intenta hacer, ni las que recoge figuran en un orden rigurosamente lógico. Con todo, esta página es de gran utilidad para darse cuenta del conjunto de su modo de pensar. "Dejad—dice— que trabajen en el sentido de una organización internacional del género humano los siguientes elementos conducentes a esa organización espontánea":

Su enumeración comprende en primer lugar al cristianismo "si no como dogma, al menos como doctrina moral". Tiene no obstante especial cuidado en consignar que el cristianismo ha de predicarse sin armas. Era ya aquella la época del misionero armado, y el hecho no se escapa a la perspicacia de nuestro idealista pero realista autor. Viene después el comercio. Alberdi ve en el comercio los siguientes caracteres de utilidad directa para la evolución internacional:

a) El comercio es maestro de solidaridad. "El comercio ha hecho sentir a los pueblos antes de que se den cuenta de ello, que la unión de todos ellos multiplica el poder y la importancia de cada uno por el número de sus contactos internacionales";

b) Es "el principal creador del derecho internacional, como constructor incomparable de la unidad y mancomunidad del género humano";

c) Es un gran estímulo a las comunicaciones postales y telegráficas;

d) Abre entre Estado y Estado conductos de comunicación de modo que "tras él, se precipitan las expediciones de la ciencia, las misiones de la religión, las grandes emigraciones de los pueblos y las masas de visitantes que por placer, por curiosidad y para educarse se envían unas a otras las naciones modernas".

Figura en tercer lugar la ciencia, cuyo examen como agente internacionalizador aparece confusamente expresado a propósito del comercio, no se ve muy exactamente si como causa o como efecto de él, y no desde luego con el relieve que era de esperar, dada la inmensa importancia del pensamiento científico como única forma verdadera y absolutamente universal de la vida humana. Otro tanto cabe decir, *mutatis mutandis* de la cultura en general, que no es objeto de toda la atención que era de suponer por parte de Alberdi.

Ocupa el cuarto lugar en su enumeración la libertad. A su debido tiempo hemos intentado analizar las ideas de Alberdi sobre la

relación entre la libertad y el progreso internacional. Aquí parece darle la máxima eficacia entre todos los factores que enumera: "Pero ninguna fuerza trabaja con igual eficacia en el sentido de esa labor de unificación como la libertad de los pueblos, es decir, la participación de los pueblos en la gestión y gobierno de sus propios destinos".

No deja de mencionar Alberdi, por paradójico que parezca, entre los factores que militan contra la guerra a la guerra misma: "Con sus inventos la guerra se suicida en cierto modo porque agrava su crimen y confirma su monstruosidad". Pensamiento que ha consolado ya a muchos pacifistas antes de la invención más espantosa y amenazadora de todas, que es la aviación militar con sus armas auxiliares química, incendiaria y bacteriológica, y que seguirá sin duda consolándolos después de que por la estupidez humana se hayan visto reducidas a humeantes cenizas las joyas de civilización que adornan hoy el mapa de Europa.

Tampoco olvida nuestro autor entre los elementos que laboran por la paz internacional el desarrollo de la neutralidad, que ha sido objeto en estas líneas de estudio especial.

En cuanto a los pasos que la evolución habrá de dar, Alberdi señala primero "la formación de grandes unidades continentales que serán como las secciones del poder central del mundo". Añade "que es natural cuando menos que esas grandes uniones continentales o seccionales precedan en su formación a la constitución de un poder humano central como ha precedido la unidad de cada nación a la del todo universal..." Aquí tampoco parece haber hilado bastante fino nuestro precursor. Que algunos trozos de continente, como la Europa centro-occidental, en algunas situaciones históricas, puedan presentársenos en primera aproximación como bases naturales de unión o federación, no ofrece duda; pero el hecho no justifica la impulsiva generalización de Alberdi a todos los continentes en una evolución uniforme y segura.

La idea de que hayan de preceder las uniones continentales a la universal, más que "natural" como Alberdi la proclama, es lógica y teórica, y por lo tanto, expuesta a fracasar en la siempre imprevisible "naturaleza". Así, en este caso, hemos visto crearse la Sociedad de Naciones, sueño, casi utopía para Alberdi, al menos en su forma institucional, antes de que cuajase otra agrupación continental que la Unión Panamericana. Por otra parte, no parece haber meditado Alberdi en la posibilidad de que se intentase utilizar la organización continental precisamente para estorbar la organización universal y como un sistema imperialista más o menos hábilmente adaptado a la ideología moderna. Y por último, cabe preguntarse si el concepto de continente no procede de una visión en exceso física y artificial, derivada de la contemplación de los mapas. Los mares unen a los pueblos más que los continentes. El propio Alberdi señala la importante función unificadora del mar, pero sólo desde un punto de vista universal y casi abstracto: "El mar, que representa los dos tercios de nuestro planeta, es el terreno común del género humano". Y si bien en este sentido general es el mar, sin duda alguna, una especie de *solvente* de nacionalismos, y un terreno nato de la futura nación universal, los mares reducidos y más o menos cerrados, son a su vez, centros de vecindad, dotados de mucho más poder de unión que los continentes. El Mediterráneo y el Atlántico hacen inevitablemente europeos al Norte de Africa y a toda la América oriental y

a su vez hacen al sur y al oeste de Europa norteafricanos y oesteamericanos. Por todas estas razones, es la idea de la agrupación continental cosa que ha de tratarse con gran sentido del matiz y cierta cautela cuando de la evolución universal se razone.

Esta idea le sirve, no obstante, a Alberdi de apoyatura para introducir en su descripción evolutiva la de "los congresos continentales, como los que se han reunido en Europa y en América a principios de este siglo". Alude sin duda al de Viena, y al que Bolívar convocó en Panamá. Alberdi apunta que, si bien de un congreso de este tipo, a la instalación de un poder común hay mucha distancia, "ningún poder central existe en Europa o en América de carácter nacional, que no haya comenzado y sido precedido de congregaciones de representantes u órganos de diversas regiones, tendentes a buscar y encontrar un centro de unión permanente". Gran cautela, esta de referirse a poderes centrales *existentes*, ya que los pasados habían sido casi todos debidos a situaciones de hecho creadas por la fuerza. Para un argentino, cuya memoria resonaría todavía con la elocuencia de las primeras Juntas patrias, es lógica la argumentación, aunque si mal no recuerdo, la Junta del 25 de Mayo, nacida en Buenos Aires y de Buenos Aires, se dislocó y perdió a su admirable Secretario Moreno, cuando "los representantes de diversas regiones" intentaron hacer valer su derecho a formar parte de ella. Pero aquí también es posible que Alberdi haya olvidado precisamente ese elemento natural que tanto maneja, y usualmente con tanto acierto. En el origen de los poderes centrales existentes cuando él escribía, había dos cosas: esas "congregaciones de representantes u órganos de diversas regiones" a que alude, y también una tradición intelectual y emotiva de unidad que al intentar constituirse, no se creaba, sino que tan sólo se manifestaba.

Alberdi, en efecto, considera aquí el naciente organismo representativo como signo suficiente de la aparición de la conciencia colectiva o de grupo. A tal punto que da esta función a los cuerpos diplomáticos residentes en cualquiera de las "Cortes" europeas. Esta idea, algo optimista y más sencilla de lo que suelen ser las de Alberdi, le lleva a expresar la profecía siguiente: "El día que los miembros soberanos de esos cuerpos internacionales recibieran dobles credenciales, para la corte de su residencia común y para unos con otros respectivamente, esas cooperaciones podrían asumir, según las circunstancias, el rango de **Cortes de Justicia Internacional** llamadas a fallar en nombre del interés o del derecho interpretado por la mayoría de las naciones, los conflictos parciales que amenazan la tranquilidad de todas ellas o los respetos debidos al derecho que a todas ellas protege".

He aquí, pues, esbozada de antemano, desde 1869, la idea que ha inspirado las famosas comisiones de conciliación, que bajo los auspicios ya de la Unión Panamericana, ya de ciertos tratados de conciliación, se han constituido y han funcionado repetidas veces con varia fortuna. Alberdi, pese a su tendencia sistematizadora, no llega a soñar en lo que había de acontecer antes de lo que en su época pudo haberse esperado: en la constitución permanente de un Congreso Internacional con su consejo y su asamblea y su secretaría general. Ya veremos que en este terreno sus ideas fueron menos osadas en la forma, aunque ilimitadas en su generosa tendencia hacia la organización universal.

(Concluirá en la entrega próxima)

De los muchachos vanguardistas de Nicaragua

= Selección y envío del Padre A. H. Pallais. — León de Nicaragua. Con este recadito: «Ilustre amigo: ¿quisiera tenerse la gentileza de publicar en el Repertorio, esta selección de los muchachos vanguardistas? Hay cosas muy buenas. Me han nombrado ellos su Capellán». — Affmo. amigo, A. H. Pallais. =

(y 2.—Véase la entrega pasada)

India

Tú, mujer angosta,
que conoces la insinuación de misterio
que vaga alrededor de una muerte imprecisa,
de un hijo tuyo alcanzado en el galope por
una cornada
o muerto en la fiesta de San Ubaldo cuando
su potro tocaba, pastando, un tam-
borcito humilde en el llano.

Tú, mujer que sabes de este buey, castrado e
inofensivo
sobre la paz de unas hierbas lascivas
y vulgarmente erectas como un chorro de
agua mineral.
Que sabes porqué mira con la colección de
todas las pupilas mansas
cuando suenan tras de sí
los huesos flojos de esa carreta que él hace
avanzar.

Tú, mujer, cuyos senos jicaroideos y morenos
frecuentan la pequeña boca de un niño
resucitando la maternidad de los corrales;
cuando tus mismos senos son la sombra du-
plicada
de esa luna arisca y miedosa que se esconde
como un peinetón tras los cabellos
del árbol.

Mujer de caderas colgantes
y apiñadas a tus lados como rodajas de
mango,
cuyos brazos cuelgan como frutos
y son convexos de tal modo que yo mismo
estallo por morderlos.
Mujer de ojos desabrochados;
mujer muy distinta a la mujer de mis poemas:
¡Tú que conoces la intensa rabia de los
coyotes
que mueren aullando cerca de las madu-
gadas
cuando Mayo o Junio mueren también hú-
medos o fríos!

Abrígate el pecho, mujer, con esta mano
que tuvo tu antebrazo sosegadamente igual
que una víbora,
y ven como el viento
al margen de esta noche sin filo
a arrancar despacio, tibiamente,
esos pequeños zancudos luminosos
que pican el cielo.

Pablo Antonio Cuadra

Chontales, 1932

Río Frío

A la orilla del San Juan desemboca el Río
Frío
hundiendo su tobillo de extranjero linaje
ahí donde el lago tiene ya intenciones de río
porque se arroja al mar.

No ha de ser salvaje
la breve alabanza ni la satisfecha voz
que juzgue de este río su belleza y razón.

Ha de ser el tenue roce de este camalote a
la deriva, en ensueño de humedades
que adormece el atardecer de las riberas ver-
des de infinitas tonalidades.

Porque es aquí donde existen las frescuras
de las brisas perdidas
en los brazos del árbol suntuoso. El licor que
se aclara
o se endurece en sombra, y las mal-crecidas
hierbas de los gramales, cara a cara
en su último aguante al sol crepuscular.
Por eso reza la soledad de su curva al borde
de ese llano
liso como la palma de la mano
y verde como una mesa de billar.

Tirana soledad dormita en sus riberas, cen-
tinela en el tiempo y sujeta
al agudo mojón, la inmóvil frontera. **El**, se
interna bajo la quieta
y honda dinastía del espacio; **Ella**, quiebra
el amor
nicaragüense que sólo cristaliza en el espacio
nuestro.
Por eso, palpitada de remos, esta corriente
tenaz en su vigor
es alta de misterios y solaz del diestro
pez.

Músicas del ramaje verde en la fluída
distancia.
han de nutrir las reliquias del rancho des-
habitado,
ahí donde el valeroso silencio construyó la
estancia
de su viejo secreto. Hoy bajan con el río,
apenas perfumado
de orillas, la breve historia del contrabandis-
ta y la constante
hoja desprendida.

Pero hay aquí, distante,
la margen de la espuma, el esparcido
azul de playas transparentes, el vigilante
Lago, de su misma amplitud tan merecido!

Pablo Antonio Cuadra

Río Frío, Nicaragua, 1932.

Primer aguacero

Anoche, toda la noche,
cayó el primer aguacero.

Por eso
alegre estaba el campo en la mañana
con su camisa blanca de todos los domingos
y el pantalón azul de la Semana Santa.

Alegre estaba el campo
de azul y de blanco.

Silbando se fué a la ciudad
con su nuevo sombrero de pita;
trascendía a hierba, a fruta y a humedad...

Como viera las nubes todas llenas de sol,
como viera los árboles todos llenos de trino,
compró para el colicho un centavo de olor
en la venta que Mayo puso en el camin.

Luis Alberto Cabrales

1931

Canción de amor en Noviembre

El viento claro y ágil de Noviembre
jugaba en el azul con nubecillas blancas...
hacia el Oeste iban, hacia el mar de las nubes
en frágiles bandadas...

la infinita tristeza de tus ojos
se iba detrás de aquella fuga blanca.

¿Qué pálidas visiones perseguía?
¿Qué miraje de amor, qué sueño errante
se copiaría en su pupila extática?

Ella posó sus ojos en mis ojos
y abandonó a mi amor su frente pálida.

Toda tibia de sol nos envolvía
la dorada dulzura de la tarde.
Yo soñaba despierto... y preguntaba:
¿será el amor?... ¿Quién sabe!

El viento claro y ágil de Noviembre
jugueteaba rastrero entre las hierbas...
(Ya habían retornado las palomas,
¿de qué país lejano, de qué tierras?)

El viento iba mojado de rocío,
el viento iba cargado de rumores,
y olorosos a hierbas destrozadas
los ganados pacían entre flores.

(Las piñuelas se habían enflorado,
las piñuelas de todos los cercados.)

El aguardiente perfume de los montes
se nos entró en el alma y en la sangre...
Ella me dió su boca largamente,
su boca dulce y triste aquella tarde,
Yo soñaba despierto y preguntaba:
¿será el amor?... ¿Quién sabe!

Luis Alberto Cabrales

1930

Pequeña oda a Tío Coyote

Salud a Tío Coyote
el animal Quijote!

Porque era inofensivo, lejos de la manada,
perro de soledad, fiel al secreto
inquieto
de su vida engañada
sufrió el palo, la burla y la patada.

Fué el más humilde peregrino
en los caminos de los cuentos de camino.

Como amaba las frutas sazonas,
las sandías, los melones, las anonas,
no conoció huerta con puerta,
infranqueable alacena,
ni propiedad ajena,
y husmeando el buen olor de las cocinas,
cayó en la trampa que le tendieron las ve-
cinas

de todas las aldeas mezquinas,
y se quedó enredado en las concejas
urdidas por las viejas
campesinas.

Y así lo engendró la leyenda
como el Quijote de la Merienda.

Pero su historia es dulce y meritoria.
Y el animal diente-quebrado,
culo-quemado,
se ahogó en una laguna
buceando el queso de la luna.
Y allí comienza su gloria
donde su pena termina!

También así murió
Li-Tai-Pó,
poeta de China.

José Coronel Urtecho

Coloradito, Río Frío, 1931

Oda al Mombacho

Mombacho
Monte murruco
Volcán eunuco
Buey Muco
Dios Timbuco
¡Arriba!
Monte-Timba

No.
Sigue durmiendo, Circo Vegetal
Tumor de mi amor
Feria animal
No.
Zoo.

Echado y sin aliento
Ni bajas. Ni subes
Hangar de las nubes
Jumento del viento.

Idolo viejo como la Infancia
Esculpido por la Soledad y la Distancia
Exhalando el silencio como una fragancia
Topacio del Espacio
me despiertas el deseo de acariciarte como
un seno
de llevarte colgado al cuello como un amuleto
y de sonarte como un tambor mayor.

Yo quisiera cogerte en la mano como te cojo
en el ojo
y prenderte en el fondo de todos los paisajes
Mirarte en los espejos de las cantinas mejicanas
llenas de jornaleros y de putas
o en las playas californianas
entre las rocas llenas de focas
y las islas de frutas.

Pero
tú eres un monte burgués
con tu sombrero calañés
3.333
Monte
Obeso como un obispo en el sitio del horizonte
Exhibes tu perezosa altanera
tu majestad casera
tu dentera
muela picada de la cordillera.

Eres el socio, el pariente
de Don Dolores Morales, de Don Inocente
Lacayo
Ya no eres el dios insolente
con el crepúsculo al hombro como un papagayo
con un león en la frente
el invierno en una mano
y en otra mano el verano...

—ahora
te orinas en la pila de la Aguadora.

Pues bien. Yo te amo.
como se ama a un sapo.
Tú has sido en el desierto de la vida, mi camello sin cuello.
En el naufragio de Granada, mi lancha volcada.

Todo. Y nada.
Yo pudiera sacar de ti lo que quisiera.
Una flor.
Una fiera.
Como el prestidigitador de su chistera.

Pero
te quiero entero.
Monte. Montón.
Unidad global.
Punto soplado como balón.
¿Enciclopedia Universal
en una postal?

Entra, entra en mi poema.
Postema.

Monte Mombacho
Ya no puedo contigo.
En mi corazón te oprimo como un elefante
en el bolsillo.

¡Atención!
Ved la erupción
de mi ombligo
Pom, ¡Pom!

José Coronel Urtecho

San Francisco del Río, Octubre de 1931

Noticia de libros

(Registro semanal, extractos y referencias de los libros y folletos que se reciben de los autores y de las Casas editoras)

Nuestro amigo y colaborador Fernando Diez de Medina nos remite este su libro de ensayos:

El Velero Matinal. Editorial AMÉRICA. La Paz, Bolivia. 1935.

Algunos de los ensayos que contiene:

Tamayo o el Artista.
Jaimes Freyre o la Personalidad.
La sangre interior de nuestra América.
Paul Morand en escorzo.
Winckelmann o la Estética.

Cortesía de los autores:

Del Dr. Diego Carbonell, Ministro de Venezuela en Bogotá:

Sobre el tablado (Conferencias y Discursos). Bogotá, editorial CROMOS. 1935.

De biología trascendental. Acerca de: la Vida, el Alma, el Hombre, el Genio, el Super-hombre y la Muerte... 1935. Bogotá. Editorial EL GRÁFICO.

De Agustín Aragón Leiva:

La ciencia como drama. Ensayos de estética y filosofía de la ciencia. Ediciones EL HECHO MEXICANO. Con el autor: Pino 215. México, D. F. México.

De Sarah Bollo:

Baladas del corazón cercano y otros poemas. Montevideo. 1935. Con la autora: Colonia 1392. Montevideo. Uruguay.

De Amanda Amunátegui:

Umbral girante. Poemas. NASCIMENTO. Santiago de Chile. 1935. Con la autora: Viña del Mar. Chile.

De Ignacio Lasso:

Escafandra. Poemas. Editorial ELAN. Quito. Ecuador.

Del Dr. Francisco Asturias:

Belice. Guatemala, R. de G. Discurso leído en la sesión pública del 5 de abril de 1925, día del ingreso del autor a la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala.

Del Prof. Francisco Luarca:

Cómo enseño puntuación. Santa Ana, El Salvador. 1935.

De Roberto Meza Fuentes:

La poesía de José Santos Chocano. Prensas de la Universidad de Chile. 1935. Con el autor: Gutenberg 65. Santiago de Chile.

De Mario Irlé:

Plenitud de goce y lágrima. (Poemas). Prólogo de Pedro Henríquez Ureña. Buenos Aires. 1935. Con el autor: Mercedes 33-285. Buenos Aires, Rep. Argentina.

De Fermín Estrella Gutiérrez:

Destierro. Poesías. EL ATENEO. Buenos Aires. 1935. Con el autor: Beauchef, 245. Buenos Aires, Rep. Arg.

De Manuel Roca Castellanos:

10 luces sobre el futuro. Bogotá. 1935. Con el autor: Carrera 13 A. No. 22-91. Bogotá. Colombia.

Señalamos.

El Lic. Carlos Viquez S., ha publicado recientemente un libro, que por su índole, en estos países, no puede pasar inadvertido. Se intitula *Animales venenosos de Costa Rica*.

En una primera parte, el autor examina nuestros principales animales dañinos, sobre todo las culebras venenosas y los artrópodos; en segundo lugar, se estudian los parásitos intestinales de nuestros animales domésticos y salvajes; y en fin, se exponen algunos datos de química biológica. Numerosos grabados, muchos de ellos originales, ilustran de una manera muy eficaz este trabajo.

Los maestros que leen, los médicos, los parasitólogos y los hombres de laboratorio, encontrarán en él apuntes de todo interés, expuestos en una lengua fácil.—e. g.

Extractos y otras referencias de estas obras se darán en ediciones próximas.

Gabriela Mistral: ras...

(Viene de la página siguiente)

se hablan con la Poesía en la misma lengua, ¿quién tiene derecho a dudar de su fraternidad?

Un grupo de señoras a cuyo frente van la ilustre Concha Espina, la inteligente y fina María de Baeza, la cordial y gentil Pilar de Zubiaurre, y tantas más (todas las mujeres inteligentes y sensibles de Madrid) solicitó de Gabriela editarle un libro de versos como recuerdo de su paso por aquí. Si no está ya hecho es porque la crítica tenaz que a su propia obra opone Gabriela Mistral lo ha impedido; pero se hará sin duda. Homenaje éste delicado como quien lo merece y quienes lo trazaron.

Quede, pues, ante la opinión española residente allá y acá que Gabriela es nuestra hermana querida y que como a hermanos nos trató a todos los que nos enaltecieron con su amistad. Y vaya a la hermosa Lisboa que tiene la suerte de ser su actual residencia, nuestro personal deseo de escuchar su voz y de abrazarla. Que, por lo menos, a nuestra diminuta estatura intelectual no se sume la insignificancia microscópica de la mala estatura de la ingratitud.

EDITOR:
J. GARCIA MONGE
CORREOS: LETRA X
En Costa Rica:
SUSCRIPCIÓN MENSUAL: C 2.00

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

El suelo es la única propiedad plena del hombre y tesoro común que a todos iguala, por lo que para la dicha de la persona y la calma pública, no se ha de ceder, ni flar a otro, ni hipotecar jamás.—JOSE MARTI.

Exterior:
El semestre, \$3.50
El año, \$6.00 o. am.
Giro bancario sobre
Nueva York.

Gabriela Mistral: rasgos de su permanencia en España

Por CARMEN CONDE

— Envío de la autora. Cartagena, España, Noviembre de 1935. —

Durante el año 1927 leí por primera vez los versos de Gabriela Mistral. Nunca había yo leído—salvo en mis diálogos con Teresa de Avila—obra tan lograda, de mujer, cual la de ésta. Las vacilaciones que se encontraban forzosamente (según los críticos) en obras femeninas, no aparecieron ante mis ojos. Todo era exacto allí, idioma y sentimiento; se sabía qué se quería, por qué y cuánto. Salí del libro de Gabriela Mistral dispuesta a escribir el mío propio. Ocurre con ella, persona y obra, lo que con el Poeta Ejemplar Juan Ramón Jiménez: ninguna juventud se les desanima entre las manos ni entre los versos. Cuantos nos acercamos a ellos nos vivimos impulsados de mucha fe en la poesía y, ¡oh milagro del apoyo espiritual hallado!, en nosotros mismos.

Escribí a Gabriela, y mi carta se perdió por mares y tierras lejanas. En 1929 aparecí en *La Lectura* (ed.) mi libro primero, *Brocal*, que fué a buscarla con ahinco. La halló—ella cuenta cómo y dónde en su hermoso prólogo a mi libro de 1934 *Júbilos*—y reposando cerca de su mano le arrancó una carta que empezaba, tierna: "Querida hermana"... Se justificaba después este nombre: el idioma, el fervor por lo español digno, la comunidad de sentimientos poéticos... Yo salí a la vida literaria exterior con el signo de fe y de apoyo moral del poeta a quien todos los escritores jóvenes (¡tan olvidadizos algunos!) le deben tanto o más que yo. J. R. J., y con el apelativo de una mujer tan admirada como Gabriela Mistral, que me decía *hermana*. Ni una sombra de cortesía, ni de tolerancia, ni de entretenimiento admitieron aquellos gestos ni mi fe en mí. Sinceridad y calor humanos. (En otro hogar los hallé iguales: en el hogar transparente y elevado de Gabriel Miró).

En 1933 supe la llegada de Gabriela Mistral a España, y le escribí con el alegre cariño que, de repente, gracias a una sorpresa del azar, se va a encontrar con su ser dilecto. Carta alentadora, pronto; y ante el anuncio de una visita para conocerla en Madrid, un telegrama que valía una lealtad de por vida.

Conocí a Gabriela personalmente en su casa, el mismo día que la insigne hispanista Mlle. Matilde Pemés salía de Madrid dejándole a Gabriela palabras de amistad para mí. Fui con una amiga—gran escritora a su vez, Consuelo Berges—, y Gabriela Mistral me "descubrió" entre las dos: "¿Cuál de vosotras es Carmen?, ¡ah! Carmen es usted". A la palabra *hermana* (prodigada luego con su letra ancha y dormida), siguió el reconocimiento personal.

Verano pleno. Madrid estaba sin sus privilegios; y era delicioso vivir los días, casi solitarios, junto a esta mujer recta, buena, leal, que conoce los defectos hispánicos limpiamente, y las virtudes: **que ama con pasión nuestra lengua** (su declaración escrita millares de veces), y que sabe qué españoles son dignos de ser queridos, y qué españoles



Gabriela Mistral

Apunte de Delucci (1925)

no merecen ni serlo; como yo, como todos nosotros lo sabemos de buena ley. Gabriela mira desde su alta estatura insobornable, y el halo verde indio de sus ojos realiza la electrolisis del alma ajena; a un lado lo bueno positivo, a otro lo bueno negativo, al fondo lo que no vale!

Humilde persona la mía, desde todos los ángulos: una escritora joven española, sin dinero, sin editores, entonces, propicios a mis ofertas de libros, ¿para qué, si no era por amor a España y a sus hijos iba Gabriela Mistral a quererme a mí?

Cartas llegaban de América pidiendo prólogos para libritos iniciales... Gabriela se agobiaba de trabajo, de peticiones, en su afán de complacer a todo el mundo, sin excepciones. Yo no pedía nada, pues un manojo de Poemas que en el fondo de mi maleta callaba prudentemente, no me daba impacencias de ninguna índole. Fué su fraternal instinto quien averiguó: "¿No trajo nada, Carmen?"—"Nada, Gabriela",—negaba mi timidez. Hasta una vez más apremiante en que, heroica, le llevé las cuartillas que constituirían *Júbilos*. Se las leí, bien de mañana por cierto y en lugar que no olvidaré por el contraste entre su vulgaridad y lo lujoso de nuestra escena. Ella las quiso retener diciendo que la complacían; unos días después, contándome cómo la angustiaban las cartas rogando ayuda literaria,

me dijo: —¿Y usted; no me pidió también un prólogo para este libro que tanto me gusta, Carmen? Porque su libro sí que me gustará prologarlo". No. Yo no había pedido nada... para mí; ella lo sabía. Pero hube de coger la hermosa luz que me ofrecían con tanta generosidad, para alumbrarme y ser vista. Nunca pensé en precederme de nadie, (dijéralo si no, mi primer libro, solo, aventurero!); pero un prólogo de Gabriela Mistral ofrecido por ella misma era máxima alegría en mi vida. Algunos editores conocen, desde entonces, su afán por la obra de la humilde que esto escribe, y si ahora me leen comprobarán cuanto quería Gabriela a una compañera menor, española.

Lo particular, extensísimo en cordialidad para todos cuantos somos sus amigos, no cabe en las páginas de un diario. Si todos mis compañeros escribieran una cuartilla con los amables extremos de G. M. se enterarían los españoles residentes en Santiago de Chile de la digna manera, de la muy cordial manera con que Gabriela trató a sus colegas de España; y si nos lanzáramos a poner al descubierto lo menudo cotidiano veríamos las veces que sus manos generosas se han abierto sobre los que las necesitaban, buscáranlas o no. Pero, ¿qué pueden saber de Gabriela Mistral aquellos distantes paisanos nuestros, aquellos otros hermanos que se fueron de la madre porque no la hallaban propicia cuando más la necesitaban, encontrando en la patria de Gabriela la patria que dejaban atrás? La lejanía agudiza las suspicacias; el amor de fuego grande que es la ausencia, se revuelve airado al menor supuesto de ataque. Para interpretar con imparcialidad la crítica—si la hubo; todos tenemos derecho a ella; y los superdotados, más—de hombres y vicios de un pueblo al que se ama y al cual, por eso, se le desea más limpio y consciente, hay que estar en España; hay que conocer a Gabriela a la que tanto bello y honrado le deben las letras españolas. Nos conmueve la vigilancia que para lo que aquí acaece tienen nuestros paisanos los españoles residentes en Chile,—extraños, a su vez, en casa a cuyo primogénito censura acre y desenfocadamente—, y nos extraña que hasta hoy no hayan levantado la voz airada. Si siguen así de expectantes y quieren dar muestra de justos, pronto pedirán a grito pelado que salten de España muchos y muchas que la emplebeyecen, que la escarnian; sólo que, ¡ay!, éstos y éstas son españoles nacidos en España.

Nada hemos pretendido decir en estas cuartillas que pueda parecer un deseo de que el mundo sepa el trato de cariñosa fe, de leal fraternidad que Gabriela Mistral, universal, ha dado a Carmen Conde; sino el calor que a una **española**, a una pequeña escritora de España, ha prestado quien hoy rechazan los no enterados de allá, o los malintencionados conscientes de acá.

Cuando a una mujer, cuando a un poeta como G. M. no le estorban los que con ella— a la distancia de su merecida admiración—

(Pasa a la página anterior)